



ULISES NOVO

**MICKEY
MOUSE
ERA
TRAFICANTE
DE ARMAS**

D.J.57

MICKEY MOUSE ERA TRAFICANTE DE ARMAS

Ulises Novo

A Mónica Villegas y a Morticia

“Nos creíamos llamados por Dios”.

David Turpin

“Hay personas por las que vale la pena derretirse”.

Frozen. El reino del hielo

CUADERNO 1

MIKE, ESTÁS MUERTO

1

Estás muerto. Lo sé porque yo te maté. Hay acciones de las que no me siento orgullosa, pero de esa en concreto sí lo estoy.

Aprendí más rápido de lo que mi padre creía. Y ahora que me han encerrado, presiento que la vida va a pasar demasiado lenta. Pero es el precio del orgullo y no me arrepiento, Mike.

Mucha gente opinará que alguien tan joven como tú no debería haber muerto. Sin embargo, esa gente, que no se calla ni debajo del agua, desconoce que hay demasiada gente joven que muere todos los días: en accidentes de tráfico, en las salas de urgencias, infartados por clenbuterol de gimnasio, en plantas de Oncología o esnifando coca. Hay una lista interminable de formas de morir entre los adolescentes.

Ya no soy tan joven. He cumplido los cuarenta y dos. Cuando disparé contra tu cara, aún no teníamos los veinte. No puedo olvidarme de la oscuridad, de la oscuridad de aquella noche frente al estanque. Era una oscuridad plateada, aunque no hubiese luna llena.

Asombroso.

Estabas más contento que otras noches. Quizás porque habías bebido ginebra, quizás porque pensabas que al fin iba a dejar que me follaras.

Pero no. Yo sé por qué estabas feliz. Porque precisamente no ibas a hacerlo. Porque aquella noche iba a ser la última de todas. Porque una voz en tu interior no cesaba de aconsejarte que me dejaras. Un sexto sentido insistía en que alguien como yo podía ser, a largo plazo, un peligro para ti.

Sin embargo, yo me adelanté a la jugada y no pudiste exhibirte ante mí como la verdadera criatura que eras, un mentiroso, el comienzo de un hombre que no hará feliz a las mujeres. No sabías follar, entérate. Se veía en tus ojos y en aquella estúpida sonrisa de simio que logré borrarle con facilidad.

Tenía que haberlo hecho antes, Mike. Tenía que haberte asesinado mucho antes.

Qué sutil es la palabra “asesinar”. “Matar” es una palabra más rotunda.

Este verbo contiene un sentido mítico. Parece que proviene de una expresión persa: “Shat mat”. “El rey ha muerto”.

Sí, Mike, el rey ha muerto, aunque fueses tan solo un esclavo de aquella oscuridad que nos cernía y que a mí me protegió, incluso mucho después de apretar el gatillo.

Si alguien desaparece, lo hace por alguna razón.

Vaciaron mi mochila, la roja, la que más te gustaba, porque detestabas la primera, la que me regaló mamá antes de que me acompañaras a todas partes.

Para que veas que todavía te tengo aprecio, Mike.

Conservo cosas que pertenecen a esa época que pasé contigo. Lo sé. Éramos unos niños. Último curso de instituto en el que alguien como yo no podía pasar desapercibida. Buen culo. Buenas tetas. Y varias camisetas ajustadas en las que podías leer frases tan provocativas como sinceras, las más sinceras que he leído en mi vida. El jodido *Mr. Wonderful* debería tomar nota: “Soy virgen, te lo juro por mis hijos” o “Gracias, papá, por no usar preservativo”.

Hay objetos que definen épocas de tu vida, pero, en mi caso, encuentro que algunos me ayudan a recordar emociones concretas, franjas de un día cualquiera, un momento preciso, tan preciso que presiento que no es nada bueno regresar a él una y otra vez.

Pero esa noche, Mike, no solo fui yo, sino que los dos hicimos algo grande.

El mérito de mi transformación también es tuyo.

Cuando le compré el arma al tipo, fue un momento preciso. Y obsceno. En su origen, “obsceno” significaba “contra la escena”. “Obscenus” proviene de “ob” (contra) y “scenus” (escena), es decir, aquello que no se muestra en el teatro, sino solo en la realidad. Y el hecho de matarte fue real. No se pudo fingir.

No voy a esconderme ahora que tengo la oportunidad de no callar. No me han obligado a callar, salvo en los pasillos y en el comedor donde todas parecemos reses de una misma manada. Agachamos la cabeza y engullimos mecánicamente. Y nos miramos con la intención de demostrarnos que una celda y un equipo de funcionarias con rifle no son suficientes para que suspiremos por matarnos; sí, eso es, matarnos en una orgía con cortes letales y breves martillazos en las partes más blandas de nuestros cuerpos.

Me apetece escribir y llamar a las cosas por su nombre, u omitir esos otros momentos en los que fingí ser feliz contigo, o con aquellos otros que me follaron dentro de un coche, o con aquella imbécil de compañera de clase que devoraba una y otra vez la novela *AFTER*, y vomitaba después del almuerzo por temor a que su peso aumentara y fuese una chica corriente más entre nosotras. ¿Sabes qué?

Nos encerrábamos en el aseo y, antes de dejar que ella lo hiciese, nos besábamos. Un ritual estúpido. ¿Acaso todos los rituales no lo son? Yo nunca vomité con ella, aunque he de reconocer que experimentaba una especie de euforia al comprobar cómo se provocaba las arcadas para regurgitar un pellizco de donut que había ingerido media hora antes.

Curioso mundo donde, para muchas mujeres, la celulitis puede ser una condena mayor que hibernar en el corredor de la muerte.

Era confortable, incluso, que alguien fuese feliz en su propia derrota. Para ella, la inmortalidad era eso, era una manera de distinguirse de las demás. En tu caso, Mike, yo preferí volarte la cabeza. Sobre gustos hay mucho escrito afortunadamente.

Una vez me confesó que tenía miedo, no a que la descubriesen, sino miedo a mí, a que nada de aquello me estuviese perjudicando. Se había percatado de que yo disfrutaba con aquella escena, llena de un ridículo dramatismo. Pero, como le gustaba besarme, prefería no buscar ningún tipo de conflicto conmigo.

Tenía razones quizá para no confiar demasiado en mí. Sin embargo, aquella gilipollas lo tenía claro. Si alguien sabe guardar un secreto, era yo, porque yo tampoco era una más en aquel rebaño de pijas y adictas a las uñas de porcelana.

Porque, en el fondo, ella tenía la esperanza de que, en algún momento, yo me afiliaría a su club de anoréxicas purgativas y entonces, ¡oh, milagro!, vomitaríamos juntas en el mismo urinario, o en el mismo parque público, donde esas madres, adictas a los ansiolíticos y a asistir a funerales ajenos, cuidan de su prole como mejor podían.

O vomitaríamos dentro de los garajes de esos apartamentos de lujos, o sobre el capó de esos coches tan caros de la Rayant's Corner, o sobre su tapicería de vinilo, que una doncella, madre de dos hijos y con una casa embargada en Nuevo México, limpiaría de rodillas, con el mismo tesón que se la chupó a uno de los policías que visó sus papeles para entrar legalmente en este país. Los impuestos y una osteoporosis sin diagnosticar la harán añicos.

O vomitaríamos en el patio del instituto, en ese enorme patio con dos pistas para jugar al baloncesto, donde te presentaste como Mike, aunque te llamaras en realidad Gustavo, o Pedro, o Carlos. ¿Qué poco importa eso ahora, verdad? Para mí, eras Mike y siempre serás Mike.

Un nombre corriente. Me molesté en buscarlo. “Mike” está clasificado en la sexta posición de los nombres más usados. Se estima que existen por lo menos quince millones de personas en el mundo que han recibido ese nombre este último año, lo que representa el 0.208% de la población actual. El nombre de Mike está compuesto, además, por cuatro letras, así que es relativamente corto y esa cualidad lo hace fácil de pronunciar.

Mike, Mickey, Mickey, Mike. Tic-tac, tic-tac.

Lo que pone de relieve esta información es que tu muerte no afecta en nada a la población de la Tierra, lo que implica que mi decisión fuese la correcta. Al tedio de tus hábitos, a la falsedad de tus comportamientos conmigo, se unió la vulgaridad de tu nombre, su hedor anodino.

4

Esta historia solo dice algo de mí.

Odio esta frase. Me habría gustado escribir algo mucho más rotundo y sepulcral como que “esta historia intentará despojarme de toda apariencia”.

Lograste algo conmigo que nunca te perdonaré. Durante esos tres meses que estuvimos juntos, fui víctima de un contagio, del tuyo, el contagio de tu falsedad, de tu amaneramiento incluso, cuando pretendías caerme simpático.

Y, créeme, lo hacías muy bien, pero no pudiste frenar mis impulsos y mis impulsos eran mi destino. No leíste *El extranjero*, de Camus. Ahí se expone muy bien la declaración de intenciones de un asesino que no lo es, hasta que la vida lo presiona de una manera tan despiadada que solo puede sobrevivir con la violencia. No lo entiendes, ¿verdad? Aunque vivieras otra vida, Mike, no terminarías de comprender a Camus. ¿Sabes por qué? Porque te llamabas Mike y eras otro de esos gilipollas que leías *AFTER* y toda esa mierda de *Crepúsculo*.

Lo peor es que la mentira te arrastró al mismo lugar donde va a acabar tu madre, alguien a quien no conozco apenas, salvo por unas fotos que me enseñaste. Una mujer pequeña y fea, con los hombros hundidos hasta las costillas. Seguramente una parte del sueldo de tu padre nunca llegaría a vuestra casa. El coño de alguna putita lo absorbería con profesionalidad, con mucha profesionalidad.

Tu madre no se parece a la mía, sino a esa mujer, por llamarla de algún modo, de la que te he hablado antes, esa mujer que dejó a dos hijas en Nuevo México, que se la chupó a un policía en la frontera, que inhalaba gotitas de gasoil en un pañuelo con la intención de olvidar que, después de la mierda de vida que llevaba, solo habría una mierda mayor.

Mike, Mike, Mike...Mickey, qué fácil era echarte de menos desde ese pozo en el que tu cuerpo se sumergió como una de esas plomadas que se usan para pescar las carpas y los barbos.

Yo lo hice, yo misma, no. Te arrastré unos metros. Luego me ayudó un tipo. Pero fui yo la que disparé. ¿Dos veces? ¿O tres? ¿O una solamente? No lo recuerdo.

Lo mejor de todo es que me he librado de una condena de por vida. No me han condenado a muerte. Volveré a casa y al estanque, donde comenzó todo, como le sucedió al personaje de la novela de Camus con la playa.

Sí, Mike. No lo sabes. Pero, en mi casa, comenzó todo y estoy orgullosa de los acontecimientos que allí sucedieron.

No he mentado nunca, ni se la he chupado a ningún policía, ni he mirado a la pared del fondo de mi celda con la sensación de estar encerrada. No, yo saldré de aquí algún día, mientras tus riñones, tu corazón, tu vesícula, tu cerebelo y tu páncreas se siguen pudriendo como hacen también los de mi madre. La putrefacción es un jodido acto democrático; nos hace semejantes en nuestro camino hacia la desintegración.

Mike, yo saldré de aquí algún día y no podré invitarte a vomitar en los parques públicos junto a aquella gilipollas que me besaba antes de hincar la rodilla delante del váter. Sí, era una gilipollas, por no llamarla Carla, Anna, Valeria. ¿Qué poco importa eso ahora, verdad?

Tu nombre ocupa el sexto lugar en el mundo y quizá sea el primero en Occidente.

Que las aguas te bendigan, Mike.

Hace una noche hermosa, tan hermosa como aquella en la que te maté sin que nos diese tiempo a despedirnos. Solo le habría añadido más patetismo a una secuencia de mi vida que debía ser prodigiosa.

Me parece recordar que no hacía tanto frío como habían pronosticado algunos meteorólogos en aquella emisora donde las voces se solapaban, tosían o se extinguían después de un desquiciante barullo. No sé por qué me detengo en esta clase de detalles. Pero aquellas voces me ponían muy nerviosa cada vez que montábamos en tu coche y te empeñabas en estar informado del estado de la carretera, como si fuésemos a Nebraska. Solo nos dirigíamos a un *self service* y después al estanque.

Reparé en que fuese una noche especial. Aunque hubiese nevado o llovido a raudales, habría seguido siendo una noche especial.

Era tu noche y la mía.

No esperabas que regresasen tan pronto las garcetas blancas hasta el estanque. Nuestros padres también las observaron años atrás, en el mismo lugar, sentados sobre el mismo murete, cuando nosotros éramos tan solo lo más parecido a una idea infantil.

Sus ojos oscuros y su forma de desvanecerse, lejos de los edificios, me atraían; majestuosas cuando despleaban sus alas, entre blancas y cobrizas, para elevarse sobre las aguas donde yacía el cadáver de mi madre. ¿Cómo era posible que el ayuntamiento no hubiese respetado aquel paraje? Las constructoras habían arrasado con los sotos y ahora lo que quedaba era tan solo aquel estanque, resquicios de una época dorada que ni tú ni yo degustamos.

Pero las garcetas seguían cumpliendo esa promesa, a la que la naturaleza las obliga, como un mal innecesario, el arrojarse de sobrevivir gracias a esos vuelos casi eternos.

Nunca fuiste capaz de usar correctamente las palabras y no tenías la suficiente inteligencia para acceder a mis pensamientos. Y, si lo hubieras hecho, te habrían parecido poco interesantes o no los habrías comprendido; te habrían parecido otras ideas infantiles frente al estanque, como las de nuestros padres cruzándose

la mirada porque se gustaban. O eso creía mi madre, educada en la tradición más estricta, en la que una mujer solo puede aspirar a ser una nodriza bien cualificada.

Pero, Mike, hay tantas razones por las que no me gustabas. En realidad, nunca ha llegado a gustarme nadie del todo. Quizá, Stormy, de la que hablaré un poco más adelante y que no llegaste a conocer porque ya estabas muerto, hundido en las aguas del estanque junto a mi madre, un particular idilio que me emociona especialmente cuando lo evoco.

Quizá, estoy siendo demasiado severa contigo. Es cierto que tenías rasgos físicos que me resultaban familiares y que me hacían agradables los ratos que pasábamos juntos. Tus manos, por ejemplo, fuertes y recias, acostumbradas a manejar la azada en unos huertos que tu padre poseía al otro lado de la ciudad. Pero nunca las usaste conmigo. Nunca quisiste tocarme como hicieron otros, más inspirados seguramente en satisfacer una voracidad tan despreciable como sus conversaciones ridículas e inmaduras.

Hace una noche hermosa. Y echo de menos las garcetas blancas, su raudo vuelo, disipado por la ceniza que cubría el cielo. Sí, quizá sea eso, Mike. Quizá eche de menos también tu insultante debilidad y las cenizas, las cenizas, las cenizas, ...

No sé si sabías que “prodigio”, para los romanos, significaba algo inédito y monstruoso. Por esa razón, insisto en que aquella secuencia de mi vida, en aquella noche hermosa, debía ser prodigiosa, seguramente la única.

Mike, éramos dos monstruos. Admítelo.

CUADERNO 2

FROZEN

1

Me daba asco. No era asco, perdón.

Era algo peor. Lo impuro. Como si el humo penetrase en mí. El sucio humo de su piel. Porque lo imaginaba así, envuelto en el humo. Y, sin embargo, consiguió que acabase gustándome.

Todos relacionan el placer con un estado colmado de serenidad, de rebotante bondad, de satisfacción personal. Pero no es así. En ocasiones, Mike, el placer también es lo contrario, algo como ser reducido a cenizas o que alguien presione sobre tu nuca para experimentar el agudo dolor de una asfixia lenta.

Me besaba el pelo para demostrarme que no estaba sola en el mundo. Pero a mí me importaba una mierda estar sola. Nunca he esperado demasiado de la gente.

Mi padre tenía siempre la necesidad de manifestar que podía sustituir a mamá. Pero nadie puede sustraer el espacio de nadie, ni de nada. El problema era que

Él, como todas las personas que se han cruzado en mi vida, tampoco sabía manejarse con las palabras, así que era yo quien debía interpretar cada uno de sus mensajes a través de un lenguaje no verbal, muy instructivo y pedagógico para lo que Él pretendía de mí.

Cuando fui creciendo y me crecieron las tetas, continuó besándome el pelo. Y parecía hasta más impulsivo en aquella acción inspirada en el afecto y en el apego. Aseguraría que parecía más necesitado de hacerlo, aunque yo no tuviera voluntad de corresponderle con otro arrumaco.

Menudo imbécil, pero tengo tanto que agradecerle.

Mamá no lo decía, pero lo pensaba. Unos ojos vacíos sustituyen cualquier frase, cualquier sentencia. Y, aunque, Ella no podía ser tan sutil en el silencio ni en los gestos, era evidente que no estaba cómoda. A Ella tengo también que agradecer mucho de lo que soy en este momento.

Mi madre era una mujer perdida en definitiva, pero, para mí, eso es una virtud. Experta en Literatura del Romanticismo y Modernismo, nunca llegó a ejercer como docente. Nunca me quedó claro si llegó a acabar la carrera. Lectora voraz. A veces yo la imitaba. Gracias a ella, algunos autores, determinantes para mi conducta, llegaron a mí como si el mismísimo Zeus, disfrazado de repartidor de pizzas, hubiese dejado la puta caja de Pandora en el felpudo de la entrada.

No me intranquiliza recordar a aquel matrimonio. Al contrario, una euforia que roza la excitación me embarga al esbozar sus rostros serios, pálidos, enfebrecidos en ocasiones, cuando mi aprendizaje comenzaba en aquellas habitaciones desnudas.

Puedo dormir por las noches. Puedo mirar a mi padre y desearle que tenga la muerte más lenta y dolorosa, como Él estará deseando para mí cada minuto que pasa sentado en su camión. A Ella ya no podré mirarla a la cara, Mike.

Está tan muerta como tú. Y hundida en el fondo de estanque.

La mató Él y, de alguna manera, yo también participé en aquel asesinato porque formaba parte de mi instrucción como lo habían sido las palizas que Ella había recibido, a lo largo de los años, sin otro fin que el hecho de que yo mirase el declive de unas naturalezas a las que la ilusión, las mentiras y las rutinas nunca pudieron domesticar.

Hoy he vuelto a lavarme el pelo. Y el humo, su humo, no ha desaparecido.

La ceniza se diluye entre las yemas de mis dedos, tu ceniza, Mike.

Y la escasa luz atravesando este espacio blanco, aséptico. Mi celda me recuerda a mi casa. No hay nada colgado de las paredes.

Mike, a ti no te gustaba tocarme el pelo.

A ti no te gustaba tocarme.

No eras mi padre.

Anny no sabía mucho más que el resto. Anny no era una amiga. A veces nos mirábamos desde el fondo del pasillo. Me desnudaba con los ojos. Lo sé.

Put. Puta. Siempre me gustó esa palabra. “Eres la más puta”, me repetía. Y era el vigor de saber que con esa frase o con otras parecidas, reparaba el daño. ¿Qué daño? El humo que envolvía a mi padre, su gesto de complacencia, como un maestro que ha enseñado lo correcto a su discípulo.

Pero mi padre no fue un buen maestro, Mike. Mi madre sufrió hasta cerrar los ojos y de una forma cruel. Algo así es imperdonable. Podía haberlo hecho de otra forma para que Ella no hubiese sufrido tanto o, lo que es peor, para que no se hubiese aburrido tanto. El origen del adjetivo “cruel” es el mismo que el de “crudo”. Mi madre sufrió de una forma cruda.

Mi madre era una mujer cruda.

Mi madre, la mujer cruda.

Quiero pensar que la gravedad no existe. Quiero pensar en la cosa más estúpida para que el daño no me excluya de su círculo de influencias. El daño es lo que consiente que yo escriba cada una de estas palabras.

Nadie quería bailar conmigo. Pero todos querían follarme. Y algunos lo hicieron. Algunos, como tú, hasta fueron cruelmente delicados.

Mi madre murió cruda. Fue mi padre el que dejó que sucediera así. Un maestro no debería enseñar a su discípulo que el dolor es innecesario. Y el de mi madre, que nunca me besó el pelo, lo fue. A papá lo excitaba comprobar que estaba sucediendo, que mi madre se moría cruda delante de mí.

Pero, Mike, te confiaré un secreto. El maestro, el falso maestro, se excitó verdaderamente cuando yo limpiaba la sangre de los cubiertos, o el latigazo púrpura en la pared blanca, un óleo que describía un puente sobre un río gris, el fin de la vida de mi madre.

“Eres una puta”, repite conmigo, Mike. A veces no es bueno sentir tanta soledad.

3

El día que Anny desapareció de mi vista fue el día que le dejé en la puerta de su garaje una caja con un gato muerto. Fue mi homenaje particular a esa jodida anoréxica con la que me besaba antes de que vomitase.

Le añadí algunas palabras cariñosas en un folio en la que la amenazaba con algo parecido a que, si se chivaba, lo próximo que aparecería en su caja, además de su perro Tiny, era su lengua.

El mundo que yo conozco está lleno de Annies, un mundo que vive en el derrumbe de la ilusión; familias amparadas en la necesidad de prosperar, terroristas silenciosos, orgullosos de sus cómodas vidas, perezosos, sin la ambición de aprender los límites de su subsistencia, engordados, apacibles, demasiado apacibles en sus apartamentos con salón a doble altura, abrigados en sus mantas polares personalizadas, con estampados de Mickey Mouse y de Winnie Pooh.

¿Dónde están los jodidos anarquistas? ¿Repartiendo panfletos contra la venta de pieles de hurón?

No te equivocas, papá. Quiero la piel de los hurones y la de las Annies. Y la tuya, Mike, también.

“Bonjour. S’il vous plaît”. Y estaba todo resuelto. Ya tenía el aprobado en el examen oral. Añadía algunas notas estúpidas sobre algún libro que nos había recomendado

La profesora de francés se esforzaba en que asistiéramos, pero nadie lo hacía. “Merci. De rien”. Poco más, algún “Pardon” y ella babeaba delante de mí.

No me miraba a los ojos. No te dabas cuenta, porque te pasabas la hora dibujando a Mickey: un Mickey con alas de murciélago, un Mickey asesino, un Mickey disfrazado de brujita, un Mickey meando en una pared donde habían lapidado a otro Mickey.

Tu infancia, Mike, ahora que lo pienso no fue como la mía. Fue una puta mierda.

Yo me pasaba la hora de esa clase observando las nubes (si las había) o a otros alumnos que se ejercitaban en la pista. Algunos eran patéticos saltando las vallas. Daban ganas de clavarles agujas bajo las uñas y obligarlos luego a rascar en papel de lija.

Yo prefería callar, o leer un poco, unos cuentos, los de Poe, que me había pasado a principio de curso la anoréxica purgativa. A veces, giraba la cabeza hacia la pizarra y allí estaba la profesora de francés, con sus vaqueros ceñidos y un top lila, más ceñido todavía que sus vaqueros, y que pedía a gritos: “Chicos, cuando terminen las clases, podéis esperarme en el vestuario del gimnasio para

follarme”.

Te recuerdo, Mike, que mi padre me había enseñado a interpretar el lenguaje no verbal. Pero, en este caso, no había que ser un genio para saber que la profesora intentaba conmigo algo que me conmovió a través de un sentimentalismo burdo y que podía calificar también como humillante y vergonzoso.

Al salir del instituto, evitaba las concentraciones. Atravesando, el barrio de Ford Cotton, llegaba hasta el estanque. Si era invierno, el escozor en las manos, como aguijones de avispa, no desistía. Sin embargo, no me importaba pues yo me deleitaba con ese esplendor callado que la superficie del estanque irradiaba.

Y entonces el daño dejaba de hacer de las tuyas. El seco roce de una ráfaga me la recordaba, a mi madre, sumergida allí, Mike, donde pocos meses después estarías tú, evidenciando que los muertos pueden hacerse compañía sin tener que dirigirse la palabra.

Quizá, como yo estoy haciendo ahora contigo, porque tú ya no sientes, ya no recuerdas, ya no puedes utilizarme de la forma en que lo hiciste, con aquellos falsos modales de muchacho instruido en la corrección, pero con un prejuicio imperdonable. No querías ensuciarte las manos conmigo. Preferías hacerlo con las tierras de tu padre. O quizá con otras de las que no tuve ninguna información. O probablemente eras así de manso, por lo que tu muerte está más que justificada.

Y eso debería alegrarnos a los dos.

Hervían las aguas rompiendo la quietud. Algunos renacuajos rebullían en la superficie, diminutas floraciones de ondas que se diseminaban desde el centro hasta las orillas. Apretaba los labios y agradecía el silencio, el silencio duro. Y seco como la ráfaga. Procuraba que no se hiciera demasiado tarde para que papá no se mosquease.

La carretera moría en la carretera como el haz de luces de esos coches, en cuya tapicería me apetece todavía vomitar una y otra vez.

Mirar el estanque ha sido de las pocas cosas que he necesitado en esta vida.

Bonjour, mamá.

5

Papá, puta, cruda, cruel, mamá. Las palabras no son tan importantes.

Hay demasiado ruido en los pasillos. Me gustaría que se desangraran todas ellas. Pero no como se desangró mi madre. Me gustaría que fuese mucho peor, aunque no sé si algo así me aliviaría. ¿De qué? No debéis saberlo si queréis seguir desayunando cada mañana.

Tengo respeto por ciertas imágenes. Como si algunas de ellas fuesen un tótem. No te lo dije nunca, Mike, pero fuiste afortunado, muy afortunado, pese a desaparecer tan joven.

Alguien que lea estas palabras difícilmente lo comprenderá. Pero me da lo mismo lo que piense la gente, sobre todo, si prefiere vivir en su particular Disneyworld de mierda antes que enfrentarse a la realidad de su porvenir: la muerte de un hijo, el mal de Alzheimer, el desgaste de los esfínteres, los pliegues de su vientre flácido, la soledad de una residencia para viejos con pañales.

Nadie te obligó a mirar, Mike. Mi única defensa para protegerme del daño ha sido respetar cada una de esas escenas. La obligación de observar en la oscuridad aquello que alguna vez sucedió puede llegar a ser cautivadora.

Miré demasiadas veces. ¿Qué importa ya? No quiero compartir con nadie esos momentos, tocados de levedad, pero severos. No puedo borrarlos. Su naturaleza es más poderosa que mi voluntad. Siempre ha sido así.

Miré a mi madre, cruda, muchas veces. Puedo enumerar cada golpe que recibió de Él. Evocarlos cada vez que los necesite. Porque los necesito. Necesito recordar esos golpes. Es una forma de pertenecer a la comunidad. Quizá la única.

Sigo oyendo gritos mientras escribo. Qué hijas de puta. No son compañeras. No son nada. Ojalá se desangren. Creo que se pelean por unos pantalones.

No me dejan escuchar a mamá, a Ella, que nunca besó mi pelo.

Madre cruda. Cruel.

Lo próximo que te contaré será las veces que follé con otros chicos. Fue antes de conocerte. Dentro de los coches, varados delante del estanque, esperando a que mi madre saliera de las aguas, entumecida, sin temor a contemplar la obra de su hija, lo que yo era capaz de hacer con un cuerpo que salió de sus entrañas. No se lo perdono. ¿El qué? No le perdono que me dejara nacer.

En la parada de autobús, coincidía con un viejo. Era repugnante. Su barba rala, sus ojos consumidos, todo resultaba repulsivo en él. Era un tipo que no me miraba como se mira a alguien a quien gustaría follarte. Quizá pensaba que sería capaz de llamar a la policía si se fijaba en mi culo o en mis tetas, insinuantes bajo ese top de *Tokio Hotel*.

Algo así solo puede calificarse de asqueroso. Lo obsceno tiene un componente de purificación que lo hace exigente, retador. Aquel viejo tenía miedo.

Y me excitaba, sin embargo, pensar que era así. Y que, al subir al autobús, se sentaría lejos de mí. Sé que, probablemente, pensaría en besarme con su corrompida boca. Lo sé. Hay cosas que se callan, pero están ahí, Mike, como un murmullo de aguas.

Me he equivocado.

Tocaba en este punto hablar de mis polvos delante del estanque y no he hecho otra cosa que irme por las ramas, exponer esta anécdota que, como cualquier otra anécdota de mi vida, me parece ridícula.

Ya no volví a encontrarme al viejo en la parada. Seguramente murió de un paro cardiaco aquella noche, intentando masturbarse con mi escote. Hay hombres que se conforman con muy poco.

Me habría gustado follármelo. Le habría demostrado que una fantasía puede cumplirse, aunque el miedo sea un lastre en su evocación.

Hay miedo en algunas acciones, pero no es el miedo lo que las hace más apetecibles, sino el hecho de que forman parte de un aprendizaje que concluirá

en una obra mayor.

Como tú, Mike. Como tú.

Mi obra. Mi mayor obra.

7

Me lo follé en el coche. Pero, antes del coche, le bajé la cremallera de su bragueta y me metí su polla en la boca y escuché el color azul. Así es. Escuché el color azul. Y lo vi también con los ojos cerrados, mientras se la chupaba con torpeza. Nunca había chupado una polla.

No era una noche hermosa. Sobre el estanque ni una sola garceta, solo añicos de reflejos. Podría defender en este punto que la polla de Bryan era feroz, intratable, demasiado grande para mí, quizá no para esas actrices porno que se relamen las unas a las otras, como si fuese ambrosía lo que ha quedado entre sus labios, esquirlas blancas. Pero no es cierto que sea tan adictivo chupar el miembro viril.

No, algo así no puede serlo. De hecho no dejé que Bryan se corriera en mi boca. Lo hicimos luego dentro de su coche, como lo habían hecho antes sus padres una, dos o tres veces. Y sentí que mi piel se poblaba de escamas y que su polla era un apéndice que no pertenecía a su cuerpo, sino al mío, y que su saliva destilaba un extraño sabor a almizcle cuando introducía su bífida lengua entre mis dientes blanquecinos.

Hoy sé identificar ese sabor, casi metálico, y relacionarlo con escenarios que

debo callar para proteger aquello que es íntimo, propio, intraducible, para que podáis desayunar cada mañana.

No necesariamente tiene que ser un escenario, puede ser un objeto, cualquier objeto, Mike. En tu caso es una bala. Te identifico con una bala. Aquella bala define mejor que nada nuestro acercamiento, lo que no sucedió con Bryan, cuyo rostro se va difuminando según pasan los días para que te des cuenta que tú fuiste el más importante de todos los chicos con los que estuve, aunque no me follaras.

Con Bryan, no hay ninguna bala, ningún objeto punzante que me una a ese gilipollas. Cuando se corrió sobre mi espalda, el gruñido del animal cedió a una oscura vibración, intraducible también. Tardó en recuperar el aliento. Puro teatro. Quería demostrarme que se había empleado a fondo conmigo y que yo debía estar muy agradecida.

Pero no hice nada. No merecía la pena hacer nada. Aunque, por entonces, ya sabía disparar y tenía claro cuál era mi propósito en ese año en el que, a mediados de enero, desapareció mamá, sin que nadie se enterase de nada.

Porque no hice nada. Ni era nada. Como tú, Mike. Te maté para ser alguien, para reafirmarme sobre la faz de la tierra como un acontecimiento imprevisible, como un virus que muta una y otra vez.

Papá era bueno en eso. En obligarme a mirar. Y en saber callar. Como quería imitarlo, no me quedó más remedio que acompañarlo en ese silencio. ¿Maligno? ¿Qué es el mal? Un tabú. Una necesidad inviolable, que no puede reposar. Yo no simbolizo nada de eso, ni mi padre tampoco.

Eran sus manos, unas manos admirables, Mike. Como las tuyas, unas manos que podían despedazar a un perro si se lo proponían. No es una metáfora acertada, pero me gusta que alguien sea capaz de despedazar a un perro, esos perros que orinan en las esquinas de las casas, que ladran incansables de día y de noche, que devoran su insípido pienso para sobrevivir un poco más en este planeta que gira sobre la Nada. Como tú y como yo, Mike.

Mi madre era un ser vulnerable. Ella era un símbolo de la fragilidad, de su propia extenuación cuando no pudo soportar más que mi padre me obligase a mirar. Creo que fue, en ese momento, cuando Ella se percató de que sus horas estaban contadas y que debía ser mejor así, que Él le partiese el cráneo de una vez, para no sufrir en sus propias carnes que yo había aprendido todas las lecciones.

A ti, Mike, no te obligó nadie a mirar.

Solo lo hice yo durante unos segundos, al cañón de una pistola, y no estoy arrepentida, porque necesitaba parecerme a mi padre. No, a Ella, aunque, para mí, fuese una persona inspiradora en su propia insignificancia. Aunque no lo creas, la apreciaba. Ya lo sé. Hay algo improvisado, casi fingido, en el verbo “apreciar”, como si tratase de evitar expresiones del tipo que “yo la quería”. No tengo la culpa, Mike, de que eso suceda, de que las palabras signifiquen lo que pretenden.

Yo no la quería.

Y no hay nada denigrante en afirmar que mi madre no produjo en mí ninguna influencia. Tampoco la detesté en vida. Al contrario, me atrajo en cierto modo.

Conservaba rasgos de su juventud que aún le permitían exhibirse en algunas reuniones, donde los pocos amigos que aparecían por casa disfrutaban con su conversación, mientras mi padre, en su particular retiro, sonreía por conveniencia, sabedor de que tenía el control de Ella, de que podía doblegarla en la oscura serenidad que prodigaba en aquel hogar una vez que los invitados marchaban.

No puedo negar que más de una vez me entraron ganas de arrancarme los ojos. Quizá ella lo hubiese agradecido. Porque mi madre era el símbolo de la fragilidad. Sin embargo, Ella no fingía.

Como mi padre, como tú, uno de los chicos que peor me besó.

¿Qué es un hogar, Mike? ¿Por qué nunca me lo dijiste?

9

Otro al que me follé se llamaba Bruno y lo hicimos también delante del estanque. Quiso unirse uno de sus amigos del Club de Hípica. No me habría importado, siempre que me dejaran contemplar las aguas, las quietas aguas del estanque, mientras me penetraban o se las chupaba.

Era la mayor de las satisfacciones; contemplar la quietud y escuchar el azul, el murmullo de las aguas corrigiendo el silencio insípido. Follar allí era lo que más

podía acercarse a la plenitud.

Quizá la palabra “plenitud” no sea la correcta. Porque la palabra “plenitud” está asociada, en mi caso, a la acción de mirar. Y, sin quererlo, hechos como haberse follado a Bruno convierten la plenitud en un montón ceniza. Lo que arde es la ceniza, Mike, no es el carbón. Los restos son la evidencia de que fuimos algo, de alguna manera.

A diferencia de Bryan, Bruno me besaba con la tibia moderación de quien quiere demostrar que no hay nada que temer al lado de un jefezuelo de banda como era él, pero ese sentimentalismo me parecía patético, un pretexto para que yo no me sintiera amenazada.

Sin embargo, lo estaba. Porque puedo definirlo como un bastardo inútil. Era desesperante experimentar que me acariciara con una ternura tan fingida. Podía leer sus pensamientos, tan nocivos que me excitaba por su perversa naturaleza. Pero los callaba, aunque no sabía callarlos. Se requiere una habilidad que Bruno no poseía y un adiestramiento que tardaba años en completarse. Pretendía que yo fuese como el resto de chicas, que me dejase hacer, sintiéndome aliviada porque, en definitiva, no era un abusador.

¡Qué engañadas tenía a aquellas niñas, a las que se tiraba dentro de su coche! A mí no me engañó. No supo hacerlo.

Siento decirlo: Mike, te parecías mucho a Bruno. Querías ayudarte a ti mismo evitando ser implacable y violento, y eso a veces se paga muy caro. Es cierto que me dejé hacer, pero la excitación se consumió enseguida cuando no pude leer más aquellos pensamientos, cuando rehuía su aliento a cerveza cada vez que intentaba besarme con su saliva ácida e infecta.

¿Por qué me dejé? Porque quería superar a esas otras chicas que se folló. Porque quería destacar sobre el resto como la chica más facilona, la más puta, si quieres. Mis convicciones eran sólidas y no tardé en darme cuenta de que lo tenía bajo mi control, que su polla en mi boca era el origen de esa dependencia que raramente se produce entre dos desconocidos.

Porque yo, para su sorpresa, fui la que llevé la iniciativa cuando me harté de que se riera de mí en silencio. El muy imbécil creía que estaba asustada.

Y yo me mostré como lo que era, alguien que sabe manejarse en el silencio, en su creciente ímpetu de desolación, cuando no te arrepientes de nada ni echas de menos a nadie. Y me callé, y aquel reyezuelo no pudo disponer más de su máscara. Al contrario, se mostró tal y como su madre lo había traído al mundo, completamente desprotegido. Y me llamó “puta” y me animó a seguir con mi frenético ritmo de caderas hasta que me detuve y no pudo acabar en mi boca.

Le habría encantado. Pero Bruno era el que debía someterse hasta hacer el ridículo. Y vaya si lo hizo. No me volvió a llamar “puta”. ¿Por qué? Porque mis ojos delataban su miseria, su enclenque fisonomía, su palidez, su poca hechura.

Miré al estanque, porque me obligué a hacerlo desde hacía demasiado tiempo. La noche no era una noche como otras. Relámpagos caían sobre los descampados, más al sur, cerca de los estuarios, y las fosforescencias retornaban a la superficie quieta de las aguas.

Esperaba arder en cualquier momento. Lo deseaba con fuerza, pero no basta desear para que las cosas sucedan. Habría sido un logro alcanzar esa descarga, una nueva ilusión, una frontera por colonizar.

Bruno me escupió a la cara. Y se lo perdoné. Estaba poseído por la impotencia, desterrado por su propio fracaso. Se había percatado de que no era una mujer sumisa.

Me vestí fuera del coche y caminé hacia las aguas atravesando la oscuridad que las luces del cielo quebraban de forma intermitente. Creo recordar que conté los segundos. Eran cuatro entre relámpago y relámpago.

Escuché su voz según me alejaba, la voz de un inútil, una criatura que, después de esa noche, quedaría en nada, más ceniza entre las yemas de mis

dedos. Un fracaso en su colección de polvos, un rastro de azufre sobre su frente, una cruz gris. Estaba marcado y el orgullo era mi felicidad.

No me privé, sin embargo, de girar la cabeza y ver su figura, zarandeada por un invisible empujón que provenía de un pensamiento, de un pensamiento solo mío, absurdo, ni siquiera divertido, como, por ejemplo, que Mickey Mouse era traficante de armas.

Y cesaron las luces y hundí mi cuerpo en las aguas, y no fue el abrazo de mi madre, ni el tuyo, Mike. Fue la nada, un temblor de labios, el vacío, la necesidad de esperarlas, a ellas, a las garcetas blancas, lo que me llevó a imaginar al ratón de Disney conduciendo una furgoneta cargada de bazookas.

Bruno arrancó el coche y se marchó. Y los relámpagos se alejaron. Y la carretera era un haz de luz donde tampoco me habría importado vomitar junto a la gilipollas de mi compañera bulímica, mientras un Maserati o una furgoneta nos arrollaban.

Algo bueno puede suceder algún día, Mike, mi Mike, que estés en el cielo de las heces, esperando a que yo vuelva contigo para hacer manitas y besarnos tan despacio que no sintamos nada, solo un breve fulgor estéril.

CUADERNO 3

ME INVISTASTE A UNA PIZZA

1

Me invitaste a una pizza. Parecías demasiado simpático, así que supuse que también estabas demasiado nervioso. Era nuestra primera cita y luego hubo algunas más.

¿Quería sentar la cabeza de una vez? ¿Quería reírme de ti? ¿Quería que me invitases a pizza? ¿Quería que me follaras? No hay preguntas que puedan aclarar nada de mi transformación. He guardado dentro de mí las cicatrices de aquellos encuentros tan desafortunados, pero tan necesarios al mismo tiempo. No reaccionabas contra mí. Y eso significa que quizá no pensabas en mí con la misma intensidad que yo lo hacía.

Quizá no va conmigo hacer esa clase de experimentos. No me follaste en el interior de tu coche, ni me llevaste a la orilla del estanque. Me llevarías mucho después, cuando yo te confiara que no había nada más excitante para mí que observar las aguas, su serena consistencia, sin olas apenas, tan oscuras.

No te extrañó que quisiera mirar. Y algo así me dolió profundamente. Me permitiste que mirase sin cautela. Porque, en el fondo, te parecías a mi maestro y

tus ojos claros eran tenaces a la hora de expresar lo que en realidad ansiabas de mí.

Eras otra de esas máscaras odiosas, otro pérfido ser como Bruno y Bryan. No. Eras peor que ellos, porque aquellos gilipollas desconocían el arte del camuflaje y, cuando me follaban, lo hacían convencidos de que habían logrado engañarme.

Sin embargo, tú eras más hábil. Esa timidez era embaucadora y a punto estuvo de herirme de muerte.

No me besaste siquiera la segunda vez que quedamos. Un breve paseo por las calles del centro antes de las nueve. Aún recuerdo las fachadas blancas, donde el contraste de los arriates en flor le otorgaban al conjunto de los edificios ese esplendor victoriano que caracterizaba a nuestra ciudad, un motivo de continuas visitas de toda clase de turistas.

Odiaba esos barrios antiguos como odiaba las urbanizaciones de los pijos, hábiles tratantes de almas, consumidores hasta la extenuación de toda clase de chorradas a través de Amazon. Cortadoras de patatas, pollas de goma, huevos de avestruz, camisas de terciopelo, novelas de Elizabeth Strout y no sé cuántas cosas más.

Yo también jugué a tu mismo juego. Por esa razón, trataba de ser amable, de demostrarte que podía mentir. Mi adiestramiento era superior al tuyo. Mi padre era un emisario de todas las artimañas que el mismísimo demonio conoce. No quiero que mi lenguaje se llene de patetismo como en la frase anterior.

Vivía con un asesino desde hacía muchos años, un asesino que me besaba el pelo, que me condujo una mañana al estanque, deteniendo el coche antes de la esclusa.

Me ayudó a bajar. Estaba tan nerviosa que era incapaz de articular una sola palabra. Sabía que mamá se encontraba allí y que ahora los tres volvíamos a estar más cerca de lo que habíamos estado nunca.

¿Qué es el mal entonces, Mike? Algo bueno, si ahora de verdad sentíamos que éramos los tres un mismo cuerpo, una misma forma de contemplar la belleza. Cada uno desde su orilla de vida y de muerte.

Las garcetas se deslizaban sobre la superficie. La leve niebla dormía sobre las aguas, confusas figuras, ágiles, sin cuerpo apenas, parecían hundirse mientras mi padre me susurraba unas palabras que ansiaba escuchar desde hacía mucho tiempo y que debo silenciar. ¿Por qué? Por una razón tan íntima que, si la escribiese aquí, perdería todo su valor.

La cañada vibró a lo lejos. Sitiada por una luz, obtuve esa certeza desoladora que necesitaba para seguir creciendo, aliviada, libre de ese mal que se alojaba en ti. Eras tan falso, Mike. ¿Por qué no me golpeaste ni me follaste? ¿Por qué? La escritura me permite hablar contigo como nunca había hablado antes con nadie.

Otra cosa.

Tu familia, de la que tanto me hablaste, no lamentó tu desaparición a diferencia de esos otros padres que pierden a sus hijos y se rasgan las vestiduras delante de una cámara; padres rotos, arrasados por una aflicción tan descarnada como admirable. Tus padres no hicieron nada de eso.

Por lo que parece, perteneces a una auténtica familia de actores. Tenías que ver cómo te lloraban sin sentirlo y yo, soportando aquel escarnio, recordaba las palabras de mi padre frente a las aguas. Y también las palabras de mi madre, porque mi madre muerta también me habló. Ella, el símbolo de la fragilidad, me habló desde el fondo del estanque, sorteando la niebla y la luz crepuscular. Y, por primera vez, era firme su voz.

A veces me habría gustado desaparecer contigo, Mike.

Que alguien me hubiese disparado a continuación. Para no existir, para no recordar cada minuto inservible de esta vida, la mía, que se extingue como un

suave soplo rozando la espuma de unas olillas amarillentas.

Olas amarillentas. Olas, Mike.

Aunque he de reconocer que, en esta celda, tengo la oportunidad de albergar alguna esperanza.

Pero nunca contigo.

2

Acostumbro a pensar que quizá he sido demasiado generosa con el prójimo y que todavía lo sigo siendo. Nadie ha reparado en mí, en mi escasez de cosas, en mi falta de apetito, en mi carencia de afecto. No me va en absoluto el victimismo, porque agradezco que nadie me ayudara a ser alguien corriente.

Ahora bien, declararé que todos aquellos que me follaron solo pensaron en su propio beneficio. No pensaron en mi necesidad. Me hirieron y así me hicieron más fuerte para regresar al estanque y conversar con ella.

Siempre trataron de aprovecharse de mí, como esa furcia de la profesora de francés.

Me alegré de que, finalmente, la expedientasen y tuviera que dejar las aulas. Fui demasiado paciente con ella, Mike.

Quedábamos en lugares apartados, más allá de la City, donde nadie pudiese

relacionarnos como profesora y alumna. Siempre invitaba ella, lo que me complacía enormemente. No me importaba dejarme hacer. Era algo similar a que Bruno y Bryan me follaran.

Le gustaban los muffins con relleno de crema afrutada. Era la única licencia que se permitía para conservar esa figura que, a sus cuarenta, era más que envidiada por muchas de sus colegas y por camadas de sus alumnas que la miraban celosas, mientras los chicos, alelados, intentaban adivinar el tamaño de sus senos a través de esas insinuantes transparencias que se ponía para mí.

Lo sé. Una forma poco inteligente de cautivar a alguien como yo, tan poco previsible.

Un fin de semana desaparecí con ella.

Mi padre pensaba que me había quedado en casa de alguna amiga. Pero yo no tenía amigas. No me habría dejado tenerlas, entre otras cosas, porque no podían enseñarme nada de lo que Él me enseñaba.

Por entonces, mi padre y yo apenas hablábamos. Era el pacto al que habíamos llegado una vez que el cadáver de mi madre se hundió en el estanque. Podía besarme el pelo antes de irme a la cama, pero no nos dirigiríamos más la palabra. Y fue respetuoso. Había llegado ese momento del aprendizaje en que el discípulo supera al maestro.

No llegaste a coincidir con mi padre. No sé qué te habría parecido. Quizá no estabas preparado todavía para mirarlo a los ojos. Quizá no lo estarías nunca.

Fue en último curso cuando noté que la profesora se fijaba en mí, como hacían otras desde su pupitre, pero con ánimo de fustigarme, de encerrarme en su dormitorio para desnudarme y comprobar con sus propios ojos que no era más hermosa que ellas.

¿Les aliviaría tal cosa? No lo creo.

Se operarían las tetas y se inyectarían bótox en las comisuras de sus labios cuando cumpliesen los dieciocho. Leí una vez en un foro de Internet que chupar pollas afea la boca.

Es algo banal. Lo sé, Mike. Odio la banalidad. Pero quien lo escribía parecía ser una experta en el asunto. Omitiré los detalles, si bien consiguió excitarme pues leí entre líneas que había tenido que acudir varias veces al dermatólogo para tratarse las escoveduras alrededor de la boca.

Ella quiso empezar ese juego.

Tenías que ver cómo aquella profesora que compartimos desde la Secundaria me abordó en el pasillo un viernes a mediodía, a punto de acabar las frases.

Mike, estabas ciego como el resto.

La profesora llevaba unos pendientes de GUESS que me parecieron de lo más vulgar, pero ahí estaba la fascinación, en su impureza, en su afán por seducirme.

Afuera hacía un día espléndido. Los coches de algunos profesores desaparecieron en silencio y nosotras nos quedamos de pie, sin intención de decirnos nada. Y algo que me gustó fue que, sin que yo se lo pidiera, me regaló sus pendientes.

Y la impureza en la palma de mis manos me recordó a mamá. No preguntes por qué. No lo preguntes, Mike.

Quizá porque mamá alguna vez quiso ser profesora.

Era polvo. Solo polvo, restos de una tormenta de arena. Los huertos habían sido arrasados. Mi padre me enseñó la vieja casa donde nació. Mi madre aún era una mujer joven, a la que Él todavía no había maltratado.

Dejamos el coche en un terraplén. Se olía a ceniza mojada. Hacía poco que habían fumigado los maizales. Me habría gustado ver las avionetas asperjando las plantaciones.

No iba cogida de la mano de ninguno de ellos.

Caminaba con torpeza. Hacía unos meses que me habían colocado unas plantillas ortopédicas para corregir mi postura y mi pisada. Un problema al nacer que, en breve, quedó superado y que no afectaría a mi desarrollo.

Mi madre se fiaba de los médicos. Confiaba en que su hija fuese más atractiva que ella. Fue de las pocas cosas que hablamos antes de su muerte. Lo que más le preocupaba era que me quedase soltera, que no fuese capaz de atraer a los hombres.

Temía que en mí se repitiera su fracaso, pues, aunque se había casado con la persona que quería, estaba claro que, para Ella, no fue la decisión más acertada.

Sin embargo, después de todo este tiempo, he agradecido a mi madre dicha decisión, porque el hombre con el que contrajo matrimonio no ha sido un instructor tan torpe como pensaba. He aprendido muchas más cosas que si

hubiese estado al lado de ella, incubando esa especie de debilidad que la delataba como un mal ejemplo para su propia hija.

He de reconocer que, pese a todo, su organismo era resistente, muy resistente. Su docilidad no tenía nada que ver con su fuerza física. Mi padre gastó varios juegos de cuerdas para niños, varias Mookie, y así fue cómo emprendió su descenso a la acertada soledad de aquel que destruye porque no tiene nada mejor que hacer.

Sí, Mike. La ataba y la golpeaba.

Y yo tenía que mirar cómo lo hacía. Lo acompañé en ese viaje, Mickey, Mike, tic-tac, tic-tac, tic-tac... Demasiadas veces. Porque yo no hice nada para salvar a mi madre. Me detenía en aquellas acciones que cualquier otra persona juzgaría de horrendas y denunciables.

Él me obligaba a mirar para que comprobase lo fácil que era que alguien se rindiera, que alguien se volviese loco y que, por las mañanas, se levantara de la cama como si nada, con intención de ordenar la casa y de llevarme al colegio de su mano, como si en su puta cabeza solo existiese una bruma que no le dejara ver más allá de la ruina de su cuerpo.

Creo que fue feliz así hasta el día de su muerte, así que dudo de si fue tan desacertada aquella decisión que tomó. Quizá no sufriese tanto.

Lo sé, Mike, este relato está lleno de contradicciones. Las contradicciones forman toda una nación, ¿sabes?

Y yo fui feliz con Ella, si la felicidad es lo más parecido al daño, a saberse reducido a cenizas, a presentir que nadie podrá rescatarte del olvido a que estás abocada, un olvido tan cautivador y sugestivo como la resignación de la que alardeaba, cuando papá se empleaba con Ella con la brutalidad de un mandril en celo.

¿Verdad, mamá? ¿Verdad, que, de esa forma, amaste la vida?

No. Como yo.

4

Mi padre se sentó a lo lejos. No quiso hablar del asunto. Me ponía de los nervios, te lo aseguro. Me prometió que me acompañaría al estanque y no lo hizo.

Y, sin embargo, lo admiraba, a Él, en aquella actitud retadora, pues estaba llena de elocuencia. Era todavía una niña y no me daba cuenta de muchas cosas y, si aquella tarde de domingo, Él no quería ir al estanque a ver a mamá lo hizo por una razón, de la que me cercioré con el paso de los años.

Quería que la echara de menos. La única forma de recordar a alguien es hacerle daño a otra. Y lo hizo. Hizo que doliera y no fue una vez tan solo.

Las contradicciones no solo forman una sola nación, sino también unen profundamente a las familias.

El daño, siempre el daño. Quizá que no fuésemos aquella tarde de domingo, aquellas tardes en las que conseguía sacarme de mis casillas, en las que aporreaba las puertas, en las que me quedaba observando las aspas de madera de un ventilador que daba vueltas, fuese verano o invierno. Y callaba. Aporreaba

puertas en silencio para no levantar sospecha, para que ningún vecino importunara, porque debía ser fuerte para ti, mamá, y de alguna manera también para ti, Mike.

El daño me obliga a recordarte.

Las palabras que escribo son restos de un silencio que, hace tiempo, me parecía turbador y que, ahora sin embargo, me reconcilia con la muerte, con tu muerte. Nadie puede guiarte, ¿verdad? Nadie puede decirme qué me espera cuando me suceda lo que es irremediable.

Mi padre era un sabio. Mi padre me obligó a mirar. Mi padre me ayuda a recordar todavía.

No sé si puedes escucharme, Mike. Sé valiente. Lo he sido tantas veces contigo, soportando tu patética interpretación frente a las aguas.

Hubo una mañana que entré en los almacenes Birmin Clerk y compré un ventilador para el techo de mi dormitorio. Estaba harta de esa lámpara con lágrimas de plástico.

Generalmente era mi madre la que se encargaba de toda esa clase de menesteres, cuando su salud le permitía salir de casa.

Ojalá mi padre estuviese cerca para leer esto. Ojalá.

Me parece increíble que, después de este tiempo, haya sido incapaz de desprenderme de todo, menos de ti, Mike, y de mamá. Espero que, tras acabar este relato, lo logre. Si a esto se le puede llamar un “relato”.

No está bien acompañar a los muertos tanto tiempo, ¿verdad? Ojalá mi aliento pueda abofetear de vez en cuando tu corazón. Estoy harto de citar tu nombre, de recopilar cada uno de esos rasgos sombríos que atenazaban tus facciones a la luz

del día; facciones serenas, incluso infantiles.

A veces, te odio tanto, Mike.

Mi padre me enseñó también ese arte. Cuánto lo siento. O no.

5

Que nadie te engañe. Quien escribe tiene la conciencia muy tranquila. Quien escribe algo así como estoy haciendo yo sabe muy bien lo que lleva entre manos.

Estaba sofocada. Los ojos de nuestra profesora de francés, pendientes de cada una de mis acciones, la delataban, aunque el resto de vosotros parecía estar en otra cosa.

Sí, lo hice a propósito. Quería que se excitara conmigo. Los top tan ajustados que me puse aquella semana justificaban que ella se mostrase más nerviosa que otras veces a la hora de corregir los ejercicios. Mascullaba incluso, aterida por el temor que le infundía mi provocativa presencia, mi atrevimiento. La tenía comiendo de mi mano.

Fue esa semana, sí, Mike, en la que los chicos del gimnasio me silbaban cada

vez que me veían, esa semana en la que me aseguraste que me notabas cambiada, como si hubiese acudido a algún tipo de estilista para que me asesorase sobre mi imagen. Menudo gilipollas estabas hecho. ¿Cómo fuiste capaz de negar que el hecho de prostituirme delante de todos no te excitara?

Le había robado dinero a mi padre. Fui hasta la Plaza de los Insurgentes y me compré ropa nueva, hasta unos zapatos de tacón, de una marca que no había escuchado en mi vida. El top azul era el que mejor me sentaba, pero, cuando, en el probador, me quité el sujetador, me sentaba todavía mejor.

La profesora se fijó en mis tetas como se fijaron muchos de aquellos imbéciles que se masturbarían, nada más llegar a casa. Y Mike fuiste tan falso aquellos días, tan moderado en tus opiniones, que me entraron ganas de vomitar sobre tu cara, sobre tu jodida cara de buena persona.

Todos los que te conocieron aseguran que eras un adolescente sensible y solidario. No lo creo. No me miraste las tetas ni una sola vez y esa evitación solo demuestra tu falsedad.

Odio a los hombres educados, aunque ahora esté casado con uno, que probablemente la cirrosis lo haya consumido.

Los motivos que me unieron a Patrick son otros. Uno de ellos es que confía en mí, Mike, aunque me haya dejado sola como me dejó sola la profesora de francés. La sumisión no basta para hacer feliz al otro, aunque ella pensara que fuese así.

Su bikini rojo.

Esa sonrisa, sin pasión, esbozada en un rostro, apático en el fondo, distinguible en un grupo, porque no puedo negar todavía la armónica belleza de sus rasgos y esa delicadeza en sus gestos que elevaba su figura a una especie de estadio de superioridad, apenas alcanzable por otras mujeres de su edad.

Sabes que nunca se ganó el respeto de todos. Su metodología era un puto desastre y nuestros compañeros más alborotadores se pasaban la hora entera babeando. Podía observar sus rudas manos, agitando sus pollas, dentro de su pantalón de chándal.

Era imperdonable que yo compartiera el mismo espacio con aquellos chimpancés. Imperdonable. Y ella se daba cuenta de su efecto sobre ellos, así que a veces intentaba desabrocharse algunos botones de su blusa, como si en aquella acción, quisiera exhibir cierta jovialidad o desenfado hacia sus discípulos.

Era otra jodida farsante. Y yo me fui con ella para convencerme de que estaba en lo cierto. Aún era su alumna, Mike, como tú eras su alumno.

Yo tenía diecisiete años y ella sabía lo que se jugaba, pero le dio exactamente igual.

Un sueldo de profesora no daba para ese nivel de vida que ostentaba ni para esos zapatos, ni para esa lencería que me compró en otra ciudad donde pasamos una semana entera de vacaciones. Por lo que deduje de nuestras escasas conversaciones, parece que su madre había enviudado pronto y que su padre, con un cargo militar importante, le había dejado una cuantiosa herencia, además de una paga trimestral que el Ministerio le facilitaba en compensación de los servicios prestados por su marido en algunos cuarteles.

A diferencia de mí, la profesora no estaba adiestrada en el daño, Mike. Pero prosiguió con aquel “encoñamiento”, pues no se me ocurre otra forma de denominarlo. Era una mujer valiente a simple vista, aunque, en su interior, el debate ético la forzaba a dejarme sola en la cama, cuando yo estaba a punto de tener un orgasmo.

Algo así también es imperdonable.

Me enviaste varios mensajes uno de los últimos fines de semana que pasé con

ella. Por lo que interpreté de algunos de tus comentarios, estabas nervioso porque no sabías dónde demonios me había metido. Y yo ni te contesté.

Tenía que adiestrarte. Porque hay un aspecto en el que ella destacaba por encima de ti. Se fijó en mis tetas desde el primer momento en que me puse el top y dejé los sujetadores en el cajón de mi cómoda.

Y tú, no, Mike. No te fijaste en mis tetas. Miento. Lo hiciste, pero no querías que me sintiera incómoda.

Un imbécil como tú nunca heredará nada.

6

Todo esto pasó no hace muchos años. No sé qué habrá sido de aquella profesora. Bueno, dejó de serlo a los pocos meses. Sin duda, se armó un gran escándalo cuando notifiqué los abusos a la policía. ¡Qué bien me sentó el papel de víctima! Gané popularidad y muchos aquellos que me trataban con indiferencia en el instituto comenzaron a considerarme una amiga.

Ahí es donde descubres, Mike, que el daño solamente lleva consigo cosas buenas. Y aquella aura de morbosidad me duró incluso en Cicinnati, donde compartí piso con algunas compañeras del instituto. No me quitaban ojo y, aunque duré poco tiempo allí, he de reconocer que no eran malas muchachas y que, aunque tuve la tentación de verter algún tipo de veneno insípido en sus comidas, me contuve.

A veces, hay obras que merecen otros escenarios, más sugerentes, como ese estanque donde te disparé a la cara, a la frente, a la boca. No recuerdo con detalle cómo sucedió. El escenario fue más importante que el hecho. Si hubiese envenenado a mis compañeras, me habría convertido en una asesina vulgar, como estas que corretean ahora cerca de mí, histéricas, ahogadas en su propia vanidad.

Mike, lo sé.

Me dijiste muchas veces que aspirabas a ser veterinario, pero, por entonces, estabas ya en el fondo del estanque. No hay luz en tu muerte. Y eso es más respetable que todo lo que se desprende de una visión optimista ante la vida.

Creo que ya he dejado bien claro que odio a los optimistas, a esos compradores compulsivos de agendas de *Mr. Wonderful* y atrapasueños. Deberían arder todos en el infierno. La felicidad no se compra con mala poesía ni con la superstición.

Mi felicidad es esta. Tu muerte por un balazo, o dos, no lo recuerdo, mierda.

Mi felicidad son los episodios en los que mi padre me obligaba a mirar cómo la golpeaba, a mi madre, sin que nadie hiciese nada.

Sé que, para muchos, es incomprensible. La belleza es eso, lo que no se comprende, y mi felicidad también es esta. Escribirte para notar que aún puedo matarte otra vez.

Hay una nube gris sobre mi almohada. Voy a llamar a una de las funcionarias para que la borre de inmediato.

7

Puedo comprar un arma cuando me plazca. Se la puedo mamar a un tío para que me dé el dinero. Puedo conducir un coche hasta el estanque. Puedo recordar el punto exacto donde te hundiste. Puedo sacarte a flote, lo que quede de ti, por muy poco que sea. Puedo conducirlo hasta la orilla, arrullado entre mis brazos.

Puedo esperar toda una tarde y, cuando anochezca, puedo volver a dispararte. Puedo envolver tus despojos en un plástico blanco, un lienzo vacío, y dejar que se hundan. Puedo asegurarme de que no vas a salir de ese agujero. Puedo rezar.

Puedo hacer muchas cosas. Recuerda que estoy adiestrada.

8

A Patrick le gustaba dormir temprano. El alcohol lo dejaba sin vigor antes de las ocho. Había envejecido prematuramente desde nuestra boda.

Patrick, Patrick, Patrick,... Su nombre es cursi. Muy cursi. Parece el nombre de un escritor de folletines. Pero le gustaba que se la chupara y me daba dinero para que me comprase esos vestidos, los mismos que tiempo atrás la profesora de francés me regalaba cuando yo desaparecía de casa, dejando a mi padre en la más absoluta soledad.

Era entonces cuando mi padre aporreaba las puertas y, probablemente, después de que le sangraran los nudillos, marchaba hasta el estanque, cerca de la colina, donde esas parejas follaban con las luces apagadas dentro de sus coches.

Mi padre esperaba verme con alguno de esos gilipollas del instituto. Pero yo estaba siendo más lista que él y la profesora de francés me había preparado café con pastas en una habitación, apartada del estanque, lejos de la ciudad, lejos de Él y de mi madre, quien seguía sepultada en los lodos donde desovan las carpas.

Me gustaba, Mike, que me follaran cerca del estanque y no me habría importado que mi padre me viese. Quizá, en ese momento, él también habría aprendido a mirar.

9

Ha muerto una de las presas. Se apodaba Stormy. Nadie sabía en realidad cómo se llamaba. Trabajó como actriz porno para *Nudenet* durante varios años. Ha sido de las pocas personas que me ha caído bien aquí dentro.

Stormy fue objeto del esplendor y del declive de su cuerpo. Me enseñó alguna foto al lado de su madre. Eran dos gotas de agua. Físicamente yo también me parezco a mi madre. Pero no tengo fotos junto a ella.

Quince años tenía Stormy cuando un amigo se empeñó en capturar esa imagen. Su pelo desordenado y unos hombros anchos bajo un mono de pana convertían a aquella pequeña en una campesina, que si no llega a ser por su coño liprepensador, habría estado condenada a no salir del desierto jamás. Porque, en la foto, más allá de sus perfiles no se ve otra cosa que el desierto y dos raquítricos árboles junto a un pozo.

La madre parece que se había cortado el pelo recientemente. Sus rasgos eran recios, restos de la severidad del clima, de años vividos en una atmósfera de polvo volcánico irrespirable. De su padre, Stormy nunca me habló.

Según ella, su madre respiró aliviada cuando ella decidió abandonar la granja. Tragó saliva cuando me lo confesó y sus ojos vidriosos dejaron de mirarme. Me habría gustado preguntarle varias cosas; como si su padre se la follaba por la noche, después de contarle el cuento de las ardillas y los hijos del sombrerero. Pero nunca nos referimos a ninguna cuestión sobre nuestro parentesco.

Me limité a disfrutar de aquel memorable ridículo, de las consecuencias de aquella depresión que padecía la pobre como un parásito adherido a su cerebelo. No llegó a ser una actriz de éxito. Stormy fue una secundaria, no, peor que eso. Fue una mera figurante, cuyas felaciones y anales no aparecen siquiera en ninguna página de porno gratis. Pero yo estimaba a Stormy.

Es escabroso. No me juzques más, Mike. Solo diré que una vez nos besamos. Me habría encantado invitarla a vomitar juntas sobre los hibiscos de algún parque público mientras el viento azotaba nuestras caras.

Me contó su compañera de celda que hacía meses que no hablaba apenas, salvo conmigo.

Es escabroso. La decadencia no me conmueve. Me excita. Stormy se ahorcó con una sábana. Una muerte tan vulgar y corriente como ella. Una muerte que representa también el ocaso perpetuo que fue su carrera, “carrera” por llamarla de algún modo.

Quizá, cuando esté fuera, aproveche para ver alguna de sus películas. Creo que es el mejor homenaje que puedo hacerle. Sí, el mejor. Que, mientras se la chupa a algún tío con el apodo “Trípode”, yo la mire con misericordia desde mi sofá de ante, rezando algún padrenuestro por su alma enclenque y birriosa.

Misericordia. Corazón desdichado. Corazón miserable. Como el de mamá que naufraga. Y que yo miro en la oscura ingenuidad que Dios me otorga.

10

Patrick no era un hombre guapo cuando lo vi por primera vez. Se cuidaba hasta cierto punto. Detuvo su coche cerca de los sotos. Le gustó que fuese manchada y que mi maquillaje se hubiese corrido a lo largo de mi cara.

Mi rostro era una máscara, tan cierta como la tuya, Mike. Se quitó las gafas de sol para observarme con determinación. Olía a jazmín y también a alcohol. Y fue lo último lo que me atrajo de verdad y también ese atrevimiento a detener su Volvo negro en la cuneta donde me encontraba yo, sola, a merced de cualquier extraño con malas intenciones.

O también podía ser yo el típico anzuelo de una banda organizada que roba coches a esos pobres piadosos que entretienen su viaje en hacer una buena obra y que, sin embargo, concluye en un truculento asesinato.

Patrick era jefe de una empresa de ascensores. Un hombre rico y divorciado. Un hombre vulgar, cuya proeza más admirable en su vida, sin duda, fue conocerme. Su empresa no era nada del otro mundo por muchos beneficios que le produjese. Una empresa más, sin trascendencia. Podría desaparecer de este mundo y, salvo por algunos puestos de trabajo, las consecuencias serían poco significativas.

Me dio su tarjeta cuando me dejó en casa. Quedaríamos a los pocos días en una cafetería. Los extranjeros que visitaban el casco antiguo de la ciudad solían pasar por allí.

Me hizo gracia su pose de hombre impresionable y que aquella tarde su aliento volviese a oler a alcohol, y que se pidiera, sin embargo, un americano. ¿A quién quería engañar? Vestía una estupenda blazer. Se la había comprado en las rebajas, me dijo con un tono áspero, aunque estaba claro que Patrick manejaba pasta.

Era de esas personas que ocultaba cosas, Mike. Como tú. Pero era mejor farsante, a la altura de la profesora de francés, o de Bruno y Bryan, que me follaron dentro de su coche mientras yo fijaba mis ojos en un punto concreto, donde un remolino no cesaba de virar entre las aguas, como si quisiera absorber al jodido cosmos y de paso también a mí, a la que penetraban con la ansiedad elemental de un mamífero encelado.

11

No maté a Patrick.

Lo siento, Mike. Sé que a veces las buenas personas buscan respuestas a preguntas que resultan difíciles de formular. ¿Por qué a ti sí y por qué a él no? El problema es la educación. Nadie nos ha enseñado a respetar la irracionalidad.

No quiero decir que mis acciones no estuviesen premeditadas. Pero lo que me movió a matarte puedo explicarlo, tal y como lo estoy haciendo ahora. Tu falsedad era un motivo más que justificado. Tus modos tan correctos me producían arcadas, tu falta de ganas de follarme, de hacerme sentir sucia

mientras yo trataba, como mejor podía, de experimentar un poco de placer cuando tus ojos se clavaban en los míos esperando una respuesta compensatoria, un brillo, una intención, una luz que declarara que quizá tu polla, si me la enseñabas, era la mejor polla que podría chupar.

No, pero yo te sonreía de forma cándida, como si intentara decirte que todavía no era el momento, y a ti entonces el alivio te inundaba, y te volvías un ser más despreciable todavía.

He de confesarte algo. He pensado tantas veces en tu muerte que no he descartado alguna vez haberme equivocado contigo. Pero luego me percaté de que verdaderamente lo merecías. Y, quizá, te hice un favor, y, quizá, también se lo hice al resto de chicas que ibas a conocer en un futuro.

Te habría ido mal en la vida conmigo o sin mí. Los problemas cotidianos, los menos importantes, habrían arrasado contigo y con los tuyos.

Hoy me he acordado de Stormy, de sus ojos limpios y vacíos, de su piel amarillenta, como si una septicemia hubiese inundado sus arterias.

No te lo he contado todavía.

Fue ella quien me pidió la sábana, la mía, que le pareció más resistente.

Era realmente resistente.

Aquí se sortean las sábanas de lino. Hay pocas y me tocó una de ellas. Stormy tuvo mala suerte hasta en una lotería tan mema y estúpida como esa. Su sábana de algodón no podría con el peso de su cuerpo.

—¿Me ayudarás, verdad? —me preguntó a punto de echarse a llorar.

—Te ayudaré —respondí con sobriedad, con una voz de lameculos que no había empleado en toda mi jodida vida.

—¿Sabes una cosa de la que me arrepiento?

—¿De qué? —la escuché con devoción, porque me pareció la persona más franca que hasta ahora había conocido.

—Ni siquiera cuando me puse las tetas cerca de Mission Bay me acerqué a ver el mar.

Se calló, aunque parecía con ganas de seguir contándome cosas. Fue lo último que escuché de su boca antes de que su figura regresase a su simbólico precipicio.

No me devolvió mi pañuelo.

Echo de menos mi sábana de lino. Cuando salga, Stormy, prometo follar delante del mar.

Y, Mike, tú no podrás hacer nada para evitarlo.

De los seis años que llevo en el módulo, nadie ha venido a visitarme. Lo último que supe de mi padre es que trabajaba en Michigan, reparando camiones. Siempre se le dio bien hacer ese tipo de cosas. Aquí, con un poco de paciencia y

usando las palabras adecuadas y lo que no son palabras, puedes saber hasta la vida y milagros del camello de Elvis Presley.

Sobre Patrick, solo diré que desapareció de mi vida una mañana de junio, un sábado, y ya no volví a saber nada de él. Tampoco es que me importe demasiado después de todo.

Me habría gustado asistir a su declive lento y jodidamente hermoso. Pero una canción de Roxanne Cash lo deja claro: “Hacen falta demasiadas vidas para comprobar cuánta belleza muere a nuestro alrededor”.

Putra canción.

Supongo que lo interrogaron al igual que interrogaron a mi padre.

Patrick no estuvo en el juicio. Mi maestro, sí, y testificó y lo hizo genial. Estuvo a punto de llorar cuando relató algunos incidentes de mi infancia que claramente se inventó para definirme como una psicótica de manual. Traté de no mirarlo. No era fácil contener la risa en aquel momento.

La madre de Mike estaba a pocos metros de mí y gemía lastimosamente como un lechón enfermo. Si yo hubiera soltado una carcajada allí mismo, le habría quitado toda la grandilocuencia y dramatismo a aquel juicio que tenía visos de acabar en una adaptación cinematográfica.

Me gustó una rubia que había entre el jurado; pelo rizado y encendido y unos labios como los de Stormy, perfectamente perfilados.

Mi condena estaba en manos de esa furcia, a la que algún noviete se follaría por la mañana y por la noche hasta que, después de unos años, cogiera unos kilos y abandonara su ritual de maquillaje para enfrentarse a su rostro arrugado, a una papada inflada, como si padeciese bocio.

No recuerdo que haya mujeres rubias en las canciones de Roxanne Clash, pero sí en algunas de Bob Dylan.

A ti no te gustaba Dylan. Eso también es imperdonable. Es dura, Mike, la lluvia que va a caer sobre tu tumba.

14

No puedo negar que me gustaba pintarme los ojos. Mis labios eran perfectos, los únicos rasgos que conservaba de mi madre y que me la recordaban cada vez que me ponía delante del espejo. Pero aquí no hay espejos. Creo que ya te lo he comentado anteriormente.

Cuando mi padre la mató y la hundió en el estanque, tuve la sensación de perder esos rasgos. Su perfil se disipó de repente, como desprendiéndose de mi carne.

Su muerte me había liberado de ese lastre con el que ella me trajo a este mundo. La obediencia.

La obediencia la mató.

Mi padre lo sabía y quizá consintió mi existencia para comprobar en mis ojos que Él estaba en lo cierto. La fuerza, la verdadera fuerza, solo es posible desde la desobediencia.

Por esa razón, me obligó a mirarlo cada vez que la golpeaba. Y, si comprobaba que aquella escena me amedrentaba, se detenía hasta que me calmaba. Luego, volvía a emplearse con su presa.

Aprendí a controlarla. Aprendí a controlar la obediencia. Y, a los pocos años, yo miraba la misma escena con una serenidad de la que muy pocos serían capaces.

Sé que mi padre es la única persona que moldea ahora mis rasgos, Mike, los rasgos de mi cara.

Era un hombre atractivo. Lo seguirá siendo.

Quizá, por esa razón, le gustaba yo tanto a aquella profesora de francés.

15

Me contó tantas cosas...

Quizá, Stormy fue la muchacha más hermosa de los viveros de arce. Su madre se empeñó que así fuera, por lo que, en más de una ocasión, compró el voto del jurado que decidía la ganadora de "Little Miss Perfect".

La invitaron a recorrer el continente, de arriba abajo, cuando se hizo con el

premio. Pero su padre no se lo permitió.

Era algo comprensible si se la estaba tirando, aunque son tan solo una serie de suposiciones que deduje de alguna conversación, donde la figura paterna solamente aparecía para reprocharle algo.

No sucedía lo mismo conmigo, pues, cuando me refería a papá, Stormy notaba el fulgor en mis ojos, un fulgor contagioso que la animaba a seguir contándome desgracias de su familia, matizadas, sin embargo, con algunas escenas dichas tales como cumpleaños o los bailes de verano en un rancho que su tío alquilaba a toda la comunidad.

Era su declive lo que me permitía estar a su lado. Como me ocurrió con Patrick.

Con otras internas, esa fragilidad tan autodestructiva no era tan palpable como lo era en Stormy. Algunas, al igual que yo, trataban de superarse a sí mismas, usando la violencia más vulgar y chabacana, esa que es propia de los que no encuentran otra luz en su vida que aplicar la brutalidad para distinguirse dentro del grupo.

Stormy salió con un chico, un emigrante de algún villorrio de Idaho. La primera vez que lo hicieron fue dentro de una camioneta una noche de agosto después de emborracharse con güisqui de malta delante de unas barracas cerca de las vías.

Por entonces, me confesó, burlándose de sí misma, “no tenía las tetas que tengo ahora”. Pensaba que Peter se mofaría de su físico, tan aparente tras su vestido de muselina y su peluca rubia, pero no fue así, sino que el chico se sentía afortunado de pasar la noche con Stormy, aunque fuese dentro de aquella camioneta.

Habían pensado en alquilar una habitación en un motel, pero los rumores habrían corrido como la pólvora por toda la comunidad. “Creo que fui feliz

dentro de aquel trasto, la única vez que fui feliz de verdad”, repitió, ruborizada, con su rostro enmarcado por unos sedosos rizos con los que mis dedos jugaban mientras escuchaba aquella porquería sentimental.

A Peter lo encontraron muerto a las pocas semanas en el desierto. Parece que se había perdido en la carretera en mitad de la noche, tras detener la camioneta, por algún motivo que aún se desconoce. Más de uno lo había visto emborracharse y esnifar en *El coyote afortunado*, una destilería que funcionaba como improvisada taberna para moteros y desharrapados. “No era la primera vez que lo hacía”, apuntó Stormy.

Creo que me estaba mintiendo en este asunto de Peter. Los rasgos de su madre en la foto que me había enseñado ya no me parecieron tan amables y ni siquiera consideré que fuesen dos gotas de agua como parecía en un principio. Le estaba ocurriendo lo mismo que a mí; el rostro de su padre cobraba vigor ahora sobre la piel del suyo.

Lo callaba, Mike, lo callaba, por temor a que la sospecha se convirtiese en un hecho, al declarar que su padre posiblemente mató al chico. A menudo estas cosas desbordan. Y Stormy se estaba asfixiando en su propia mierda.

Estaba claro que su padre no iba a compartir el coño de su hija con nadie. No quiero que se me malinterprete. En mi caso, todo fue diferente. No me concibieron para ser una perdedora, sino para ser alguien superior que pudiese sobrevivir en la soledad.

Mi padre no abusó nunca de mí a diferencia de la miserable infancia de Stormy. Eran hombres igualmente desobedientes, pero juzgo a mi padre como un hombre demasiado bondadoso conmigo. Quizá, frente al de Stormy, el mío respetaba a mi madre en un sentido tan estricto que la violencia sobre ella era una manera de sustentar los límites que se habían impuesto conmigo para que me fuesen soportables las ruinas de este mundo.

Stormy no aprendió a mirar.

Tembló, eso es. Su vida fue un temblor prolongado hacia la nada, que era esa sábana de lino que le entregué, sabiendo de lo que sería capaz a continuación de conseguirla. Todo el arrojó que su padre le sustrajo a lo largo de aquellos años apareció en otro momento épico que no fue su suicidio, sino cuando Stormy mató a su esposo tras saber que flirteaba con una vecina.

Lo imprevisible es otra intención del mal, la peor, la que no pertenece a la persona en realidad, pero que se ejecuta cuando la fragilidad está a punto de extinguirse.

Por esa razón, me acuerdo de mi madre, pero no la admiro. Porque su fragilidad sencillamente se extinguió. No reaccionó contra su verdugo, contra mi maestro.

Prefirió, no solo el trauma de las heridas, algunas bastante visibles, sino también el trauma que deriva de verme quieta, allí, plantada tras la vitrina, con mi pelo liso, sin mostrar ninguna clase de estupor. Ella estaba siendo zarandeada por la alegría de una victoria que, para otros, los bienaventurados, no era más que un humillante hundimiento.

Quizá mi madre estaba orgullosa de lo que mi padre le hacía.

Dicen que Stormy le asestó treinta puñaladas a su marido y que a punto estuvo de asesinar también a la vecina. Se quedó sin fuerzas una vez que se cercioró de que su estimado Peter ya no respiraba. Treinta puñaladas. Lo que habría dado por ver ese cadáver, querida Stormy. Ojalá puedas arder dignamente en los infiernos.

De todas las conversaciones que mantuvimos, no le dije que yo también fui feliz follando dentro de un coche, con la mirada puesta en la superficie de las aguas, tratando de llamar a mi madre desde la quietud.

Mi madre también fue una mujer quieta, una mujer inmóvil.

El aguanieve sisea contra las ventanas esta noche. Lo que habría dado por ver ese cadáver, Stormy, y lo que habría dado por que me vieras dentro del coche, dejando que me follasen mientras mi madre se corrompía en el fondo de las aguas.

16

El jurado tenía claro que era una asesina. Mi padre no acudió aquella mañana a la sala. Me declararon culpable y subí al furgón. No tengo memoria de esos instantes. No pude ver apenas nada durante el trayecto hasta la prisión. Hacía frío, mucho frío. Un policía me miraba con cara de pocos amigos en la bancada de enfrente.

Sería el último hombre que vería en mucho tiempo. Sé que sentía asco hacia mí. No pudo ocultarlo. De hecho, yo habría hecho lo mismo en su lugar. Pero, para mí, aquello no era más que una pantomima. Quise reírme. El frío era más intenso según abandonábamos la ciudad y el furgón penetraba en el bosque, antiguos senderos que alguna vez recorrí con mi padre en coche cuando mi madre vivía todavía con nosotros y todo estaba inundado de un aura de felicidad por la que yo apostaba ingenuamente.

Menuda gilipollas estaba hecha. Aún no había mudado los dientes de leche.

—Quiero mear —le dije al policía.

—El vehículo no puede parar —respondió secamente, bajando los párpados, dejando que sus manos grises se balancearan en el aire.

Allí íbamos los dos y el conductor, otro policía, vestido de paisano, calvo, con la frente llena de arrugas. Siempre me llamaron la atención las arrugas.

Mi padre solía parar el coche cuando le entraban ganas de orinar. Y yo lo acompañaba. Me quedaba atrás. Sentía que el aire húmedo del bosque me protegía. Era todo verde. Fue, en más de una ocasión, cuando repetimos el mismo ritual mientras mamá permanecía en el vehículo trasteando con su móvil.

Podía advertir el meandro de orines que se dibujaba en la broza. Mis oídos se acostumbraban enseguida a los graznidos desconsolados de los pájaros, grajos y tordos, camuflados entre las parduscas hojas de los arces.

El bosque callaba más allá de la improvisada carretera. Mi padre giraba la cabeza. Escupía y chasqueaba los dedos para indicarme que la excursión debía continuar.

—Necesito mear —repetí al poli.

Ni se inmutó. Escuché el arrullo del bosque, el rumor amortiguado de los viejos orines entre las briznas, el clamor de los graznidos, unas voces.

No se percató de lo que estaba haciendo delante de él, mientras el furgón se alejaba de la esclusa y de las lindes más frondosas de aquel lugar.

“Ejército de la verdad ven a mí y llévame ante el enemigo”, susurré.

El policía carraspeó, bajó la mirada para fijarse en mis tetas, algo que no hiciste nunca, Mike, cuando más me apetecía.

El frío ya no era tan intenso, aunque mi boca parecía que masticase cubitos de hielo.

Me oriné encima, allí, en el furgón, en nombre de los espíritus del bosque.

17

Escupía dentro de su café. Le gustaba que lo hiciera. Formaba parte de mi aprendizaje. Me besaba el pelo cuando se lo servía. Mi madre no sabía nada. Por lo general, a esas horas de la tarde, Ella se encerraba en su habitación.

No te equivoques, Mike. Éramos nosotros, mi padre y yo, los que estábamos encerrados con Ella. Con su debilidad, con la debilidad de una mujer cruda.

No sé a qué jugaba conmigo y con mi padre.

18

Se lo servía caliente. Muy caliente. Rozaba su hombro derecho con el mío al dejar la taza en la mesa de caoba. Solía ser sobre las seis, los miércoles, porque era el único día de la semana que libraba.

Su cuerpo no era atlético. Si te acercabas, su complexión no era la propia de un hombre al que le guste ejercitarse en un gimnasio junto a esos especímenes adictos a los anabolizantes y a la taurina. Su cuerpo era más bien la expresión tosca de alguien que ha pasado décadas enteras cargando cajas, moviendo bidones, manipulando grúas y toda clase de máquinas que ponían en riesgo su vida cada vez que montaba.

Al menor descuido, podía acabar atrapado debajo o triturado por sus fauces de metal y cobre.

Mi madre nos miraba en silencio. Envidiaba esa relación que mi padre y yo manteníamos, una relación subyugada a veces por la presencia de Ella, que se resignaba a subsistir en aquel piso heredado por mis abuelos.

Sin que se diesen cuenta, yo estaba creciendo. Ya no era una niña a la que se podía doblegar con una sencilla orden o con un castigo ejemplarizante.

Mis ojos se limitaban a observarlo.

A mi padre le gustaba mi café.

Mi saliva.

Mis progresos.

Mi madre tenía todas las de perder, como esas cuarentonas de Lyon's Park que intentaban domesticar a sus hijos con clases extraescolares y píldoras de dopamina.

Pasábamos varias horas sin decirnos nada, los tres, sentados cada uno en un sitio que teníamos pactado, hasta que mi madre, harta de esa situación,

abandonaba el salón y entonces mi padre me preguntaba cualquier tontería una, dos y tres veces.

—¿En qué piensas?

—En Mickey Mouse. En el puto ratón de Disney —respondía atrevida, a punto de sonrojarme.

Sonaba entonces el portazo, un sonido tan reconocible como el desasosiego que representaba.

—Aún podemos viajar a Disneyland.

—Aún podemos —repetía yo.

Y volvíamos a mirarnos. Y no encendíamos la tele, y no queríamos que la noche se cerniera sobre la ciudad, sobre el parque donde pastaban esas mujeres tan bochornosas.

CUADERNO 4

LOS RUMORES

1

Escuchaba el rumor de las olas, pero no existían olas en el estanque, sino solo la quietud.

La furcia de la abogada me aconsejó que colaborase, Mike, pero yo pensaba en las aguas, en tu cuerpo suspendido o enterrado en el fango donde desovan las carpas.

La abogada insistía en que debía cooperar con el juez. Lo tendría más fácil para que la condena fuese revisada en un futuro. Y me pareció bien.

Era una amiga de mi padre, una tía con estilo. Más joven que cualquier funcionaria que trabajaba allí. Olía bien, demasiado bien para permanecer en un sitio como aquel durante mucho tiempo.

La abogada sería un caramelo en la primera planta, donde las compañeras de

Stormy no dudarían en despedazarla después de follársela, de meterle toda clase de objetos en su vagina y de escupir a la cara de su cadáver.

Una de las veces hablamos de cuestiones que no tenían que ver con el juicio.

—¿Por qué me miras así?

—No conoces a mi padre lo suficiente —le respondí.

—¿Te gusto? —preguntó atrevida, con esa vanidad de quien sabe que está a salvo.

Se estaba riendo en mi cara. Un reloj de oro y una pulsera de plata y estaño, el regalo de algún aniversario. Vestido gris cruzado y una carpeta oscura con un arsenal de expedientes, donde lo que se contaba de mí era tan solo la punta del iceberg. No se contaba, por ejemplo, que sería capaz, además de matarte, Mike, de taponar un váter con un animal vivo y de disparar a cada una de esas tetas de plástico que la amiga de mi padre exhibía delante de mi cara con la misma sensación que experimenté al disparar a tu cabeza.

Hay gente que me pone especialmente nerviosa, gente que quiere salvar tu vida a cambio de dinero, mucho dinero, como esas azafatas televisivas con abdominales de acero, untados de grasa animal, que anuncian cintas de correr y batidos compuestos de semen de toro.

Hay gente poco importante, Mike, sobre la faz de la tierra, demasiada gente poco importante que no sé muy bien si merece vivir o morir. Algunos mueren mientras parece que viven.

La abogada hizo lo que pudo. Por lo que observé, estaba entrenada para convencer al jurado de que yo era una monja carmelita. No repitió traje en ninguna de las sesiones. Fulminó al fiscal e influyó en la condena. A esa furcia que contrató mi padre le debo no haber acabado mis días en el corredor de la

muerte.

La última vez que la vi me ofreció su café. No estábamos solas, pero como si lo estuviéramos.

Volvimos a hablar.

—¿Te has follado a mi padre?

—Tu padre es mi amo —sentenció.

—No tienes por qué ser tan explícita.

Y me dolió de verdad. Allí mismo, le habría arrancado los ojos.

—Escupe en mi café, por favor —pidió frunciendo sus labios casi magenta.

Pero no lo hice. Si lo hubiera hecho, habríamos sido espíritus muy pobres. Nos habríamos dejado arrastrar por el deseo. Y eso es algo imperdonable. Imperdonable. Aunque me habría encantado escupirle.

Más de una vez dibujé sus ojos rasgados en nuestro Taller de Pintura.

Por cierto, no fue ella quien me dijo que mi padre estaba trabajando en Michigan, sino una presa a la que soltaron meses antes. Poca cosa: sanciones de tráfico y un maletero lleno de hierba.

Para que largara, le comí el coño y después le juré que le haría una traqueotomía con el alambre de una vieja prótesis de la infancia que el dentista nunca me extrajo.

Hay que llevar armas siempre contigo, Mike.

Hay que decírtelo todo.

2

Hoy hace cuatro años que me casé con Patrick. Mi padre me llevó al altar. Los dos conocíamos el riesgo de aquel juego. Estaba condenada a una vida corriente al lado de aquel imbécil. Pero, al menos, viviría como una reina si sabía administrar el dinero y medir bien las fuerzas en los momentos más difíciles.

Al final de la ceremonia, Patrick dijo unas palabras sobre mi madre. Fingí que me conmovieron. Pero mi madre estaba muerta, lo estuvo mucho antes de que mi padre la golpease con la plancha mientras yo trataba de contener la risa.

Sí. Soy un ser despreciable, Mike. Soy una asesina. Mi padre me enseñó a soportar los aullidos que escuchaba cada noche, cuando las luces se apagaban y el televisor se quedaba encendido, proyectando sobre el fantasma de mi madre su luz de feria. Así se pasaba la vida, nuestra vida, Mike.

Esperábamos grandes momentos donde mi padre y yo pudiésemos demostrar lo que habíamos aprendido, aunque no fuésemos lo suficientemente tenaces y eficientes como lo habían sido otros asesinos.

Pero esos momentos no llegaron.

Creo que Patrick no se sorprendió cuando supo la noticia de tu crimen.

Estábamos desayunando en la terraza, decidiendo si cambiar la pérgola, cuando los agentes se plantaron frente al porche. Sorbí el café con la esperanza de que aquellos tipos me librarán por fin de esa mierda de vida corriente junto a Patrick.

Y mi plegaria fue escuchada y me metieron en el coche a los pocos minutos de leerme mis derechos. Y Patrick, con su ridícula bata, se quedó allí, bajo el saledizo de nuestra casa de ensueño, agitado por una claridad violeta que se filtraba entre las hojas.

Una imagen tan patética como tierna. Un hombre destruido por el alcohol y ahora destruido por mi ausencia. Puto perro sin amo. Que se joda, si sigue vivo todavía.

Lo que habría dado, Mike, por follarme a aquellos policías dentro de aquel coche.

Eran guapos. Aguerridos. Con gafas de sol. Uno se las quitó, el de aspecto más rudo y me miró las tetas, y yo le sonreí con aparente timidez.

—No pareces una persona que sea capaz de matar a otra —dijo.

—Ese chico era un imbécil —apostillé con desgana.

—La infelicidad y la estupidez pueden formar una nación —dijo el otro poli follable.

—Lo sé, lo sé —repetí.

—Me habría gustado conocerte antes de que mataras al pobre chaval —añadió el primer poli.

—Me gusta vuestra actitud ante la vida —repuse.

—Y, sin embargo, pareces tan inocente —dijo el segundo poli o el primero. No lo recuerdo.

¿Qué importa eso ahora?

No me llevaron al estanque aquella mañana. No volví a ver a estos detectives en concreto. Pero me los tiraba en mi imaginación cada vez que tenía la oportunidad.

Formaban parte de una larga cola donde no faltaban ni Brad Pitt ni el entrañable Mickey Mouse.

3

Era la forma de deshacerse de tanto dolor.

La noche en la que el cadáver permaneció en casa, mi padre me pidió un café bien cargado. No encendimos la tele. No encendimos ninguna luz. Todo adquirió el aura tensa de la fragilidad, aunque Ella estuviese muerta y nada pudiera inquietarla ya.

Escuchamos el cuerpo de mamá; sus flatulencias, el espasmo de algunos de sus dedos, el oscurecimiento de sus pupilas. Hay todo un lenguaje tras esa vicisitud. Contigo, Mike, no tuve todo ese tiempo para comprobarlo. Y lo lamento de veras.

El tráfico no existía aquella mañana de sábado. No era extraño en Birmin, pues solían muchas familias trasladarse a las colinas la noche antes a pasar el fin de semana en moteles y cabañas. Cuando llegamos al estanque, la esclusa seguía abierta. A lo lejos, en la otra orilla, algunas figuras habían abandonado la vertiente, pescadores que habían pasado la noche allí a la caza de algunos lucios.

Mi padre pudo con el cuerpo que enrolló en una tira de plástico azul, restos de una cobertura con la que se envolvían algunos contenedores. Las garcetas no habían regresado. Dijimos unas palabras en señal de despedida y mi padre, con agua a la cintura, pisando en los fondos limosos, abandonó el cuerpo que cargaba sobre los hombros en forma de huso.

Esperé dentro del coche mientras Él se metía en las aguas. No recuerdo matices de aquella escena, salvo un detalle. Quizá no sea importante ahora mismo.

Pero, a veces, la escritura obliga a expresar aquello que se reprime. Como de nuevo esa risa incontenible cuando mi padre resbaló nada más salir del agua, satisfecho por su obra, libre quizá, aliviado porque mi madre ya no volvería a añorar su feliz infancia en un villorrio, al norte de Colorado, cuando se encerraba en su dormitorio a esperar que mi padre y yo abandonásemos el silencio a la hora del café.

Una vez intentaron matarme en el comedor. A punto estuvieron de clavarme una aguja en la garganta. Las funcionarias fueron rápidas. Stormy se asustó mucho. Me acompañó un buen rato en la enfermería.

Para tranquilizarme, me besó el pelo. Yo no estaba nerviosa. No podía estarlo, porque, en el peor de los casos, si aquellas hijas de puta hubiesen logrado su objetivo, ¿qué habría de temer? Nada. Porque nada me ataba a aquel ecosistema de comadreas y fulanas histéricas, consumidoras compulsivas de hipnóticos y risperidona. Nada me ataba a la vida, sino el hecho de volver a contemplar las aguas del estanque, su serena consistencia, camuflando el cadáver de mi madre, porque el tuyo ya no está allí, pero como si lo estuviese.

No perdoné a Stormy que me besase el pelo, aunque la muy puta me caía bien. Que lo hiciese de forma espontánea, con el propósito de ayudarme, no la exime de su responsabilidad. Y aquel acto fue más cruel que el de aquellas furcias que intentaron quitarme de en medio.

Porque Stormy, con aquella acción, me recordó a mi padre y me hizo sospechar que quería reemplazarlo, brindarme la oportunidad de estrechar un círculo al que ella no podía pertenecer por mucho que lo deseara.

Y el deseo, Mike, nos hace demasiado humanos, forja amistades de las que debemos deshacernos tarde o temprano para que no nos contagien con sus penosos e inexpresivos temores.

A los pocos meses, fue cuando deduje que el declive de Stormy resultaba insoportable incluso para ella. No puedo esconderme, Mike. Fui yo el pájaro cuco que, como mejor pude, empujó el huevo fuera del nido para que se estrellara contra el suelo.

¡Cómo odio las metáforas! Pero esta en especial siempre me ha gustado mucho.

5

Podría contarte muchas cosas de Patrick...

Fue solo a una reunión. Le advertí claramente que no me gustaba que perdiera el tiempo con esa mierda.

Un alcohólico es un hombre admirable. Hay causas más importantes por las que luchar, Mike.

Me invitaste una vez a una pizza y luego a una copa, y no me miraste las tetas. Seguramente, luego te masturbarías en casa pensando en tocarlas.

Patrick no era de esos tipos. Tampoco es que fuera un puto genio, pero había sabido aprovechar el momento y a su empresa apenas le había afectado la crisis. El tío había sabido delegar, así que prácticamente tenía todo el día para mí y para sus daikiris.

Sí, ya lo sé. Patrick era un puto alcohólico, pero al menos le gustaban mis tetas y me las tocaba cada vez que le apetecía. Pero lo que más me ponía era que

las miraba cada vez que nos sentábamos uno frente al otro; por ejemplo, cuando tomábamos un café en esos jardines tan apacibles de las afueras, unos jardines, por cierto, que se construyeron con la intención de recrear un entorno parisino. Había tulipanes lilas por todas partes

Las miraba y luego volvía a mis ojos, y presentía que su esperanza en verme envejecer junto a él se disipaba. Los dos coincidíamos en algo; odiábamos París y ese jodido Mickey Mouse al que le habría venido muy bien ahogarse en su propia mierda.

Pensar en ese ratón sigue siendo para mí como rascar con las uñas en una pizarra.

Tomábamos café, Mike, y también varios vasos de bourbon para descubrir en silencio que a veces lo que te atrae de otra persona son sus heridas de guerra.

Sí, así es. Stormy y Patrick habían participado en todas las jodidas guerras que nunca leeremos en los libros.

Pocos meses antes de casarnos, le dije que no podía tener hijos. Patrick desconocía que yo era aquella pobre chica a la que una profesora de francés secuestró durante varios meses en un motel de carretera.

Había oído algo en los informativos.

Patrick desconocía que yo era aquella pobre chica, en cuya vagina encontraron toda clase de instrumentos afilados.

La profesora no quería dejarme escapar.

Enloqueció. Y yo agradecí que lo hiciera. Porque demostró su auténtica personalidad. No tuve que hacer mucho para que se desatara, sino dar con la tecla que la obligó a comportarse como una mujer sin escrúpulos, ajena completamente a ese medio en el que ella se sentía tan cómoda; un apartamento en Sunny Village, cerca de la playa, con sábanas limpias en su cama de agua.

Su medio también eran los teléfonos apagados, unas botellas de vodka rodando por una tarima flotante, lencería cool y mi cuerpo que se agitaba sobre ella, en pleno orgasmo, simulando que cualquier cosa que intentaba conmigo quemaría mi piel.

En el fondo, era una puta violadora. Era la viva imagen de la sodomía y quizá llegó un momento en que yo me dije que era suficiente. Porque echaba de menos a mi padre, y a mamá, y a ti, Mike.

Hervían las aguas del estanque en mi cabeza.

El tedio me estaba absorbiendo y no había nada morboso en aquella simbiosis, donde la profesora de francés parecía recuperar algunos años de juventud y yo me entrenaba para ti, Mike, poniendo en práctica algunas lecciones que me había enseñado mi padre. Aprendí a seguir a una presa, a apreciar las distancias, a descifrar las miradas, a analizar las partículas químicas que desprendía su piel, a buscar el origen del significado de algunas palabras.

Mirábamos una tarde los viejos edificios de Lynn's Square desde un pequeño attilo que había alquilado para estar cerca del aeropuerto. Nos esperaba una

semana entera de vacaciones en Canadá y lo vi claro. Su enfermedad avanzaba y se manifestó ante mí con un diálogo, cuyas frases trataban de imitar las mías.

—Tengo la sensación de que te alejas.

—¿Sabes callar? —le pregunté, retadora.

—Puedo aprender a callar —respondió esbozando una sonrisa casi mordaz.

—Me gustaría que me hicieras daño—dije.

Enmudecieron los pájaros afuera. Los estorninos fluyeron hacia la escasa luz que permanecía dormida sobre algunos setos. Mis manos acariciaron la superficie de las suyas. Y comprobé el humo en sus ojos.

—No quiero hacerte daño —apuntó con rubor.

—Lo estás deseando porque, si no lo haces, me marcharé para siempre.

—No voy a dejar que lo hagas —sentenció.

—¿Tienes miedo a que las heridas en mi cuerpo te delaten? No sabrás quién eres hasta que me hagas daño.

Y ahí empezó todo, Mike. Y no hubo viaje a Canadá, sino un mes de encierro en una habitación apartada del mundo. No te enteraste de los detalles, Mike. Pero, en los detalles, arraiga la verdad de las cosas, en el rastro, en su periferia, nunca en el centro.

La profesora de francés me enseñó el material del que estamos hechos. Cuando abracé a mi padre después del secuestro, su piel olía a humo y, aunque

no me lo dijo, sé que estaba orgulloso de mí y de mi proeza.

Varias operaciones, ¿te acuerdas? Varias operaciones para reconstruir mi vagina. Tardé meses en volver al instituto. Pese a la gravedad de las heridas, me dejé follar por Bryan y Bruno. ¿Te vas dando cuenta de la usura que gobierna nuestra alma? No somos nada, el sedimento de lo que pudo ser alguna vez una bondadosa criatura.

Si Dios nos creó a su imagen y semejanza, ¿qué clase de razón existe para que alguien como esa mujer se comportase así conmigo? Es cierto que la amenacé con marcharme. Es cierto que fui adiestrándola, pero ella siempre tuvo la libertad para dejar el juego. Y no lo hizo.

Y fue admirable que descubriese la oscura naturaleza que albergaba en su interior. Ella lo necesitaba. Necesitaba desnudarse. Ser esa otra mujer cruda como lo fue mi madre.

Fueron incontables veces las que Patrick se refugió en mí para llorar. La ansiedad lo estaba despedazando los últimos meses que convivimos y una

tendencia depresiva iba enrareciendo su carácter, privándolo de aquella vanidad que lo había convertido en un tipo tan intratable a veces como cautivador en las distancias cortas.

A mediados de abril, dejó la terapia. Volvió a beber. Volvimos a beber. Apenas hacíamos el amor. Patrick tenía miedo a metérmela. Le insistí en que no pasaría nada. Que si no me follaba, buscaría a otros tipos que lo hicieran.

Prefirió escuchar eso una infinidad de veces antes que tocarme.

Patrick me daba asco en el fondo. Pero su atractivo estaba ahí, en esa pérdida de su autoritarismo que media botella de vodka o de güisqui provocaba en él. Consumido hasta los huesos, extinguido por su adicción, era un ser también adiestrado, que me adoraba profundamente porque yo, al contrario de su conciencia, lo invitaba a perseverar en su debilidad.

Mi padre me lo dejó claro con el ejemplo de mi madre. A las personas más fuertes les cuesta descubrir el talento de sus rivales a los que creían mucho más vulnerables de lo que son en realidad.

No hace falta que lo adivines, Mike. Me encantaría estar ahora mismo delante del estanque. Por estas fechas, las garcetas suelen refugiarse en los sotos, dedicando gran parte de su tiempo a construir sus nidos. Lo instintivo es real. Siempre ha sido real. Son seres reales, no como nosotros.

Lo que se construye desde la serenidad suele ser nocivo. Una adicción es más respetable que el deseo. Un adicto no teme a la muerte. O quizá sí. ¿Cómo se puede ser adicto a la muerte, Mike? La respuesta está aquí, sometida a esta necesidad de explicarte que mi acción fue una acción inspirada. Por esa razón, debí matarte. Eras una fuente de inspiración.

Mi madre y tú permanecíais en el mismo lugar y se me saltan las lágrimas cada vez que lo pienso. Yo me bañé varias veces allí, con vosotros muertos. Era un bautismo que indicaba solo una cosa: se puede prescindir de la civilización

para amar sinceramente.

Mike, no te miento. Yo te amaba. Y mucho.

Y alguna vez intenté no matarte. Si eso nos es amor, que baje Dios y lo vea.

8

La depuradora dejó de funcionar. Drenaron las aguas que encerraba la esclusa para que los operarios pudiesen arreglar las compuertas. Y apareció solo tu cuerpo, embalado en el mismo plástico azul con el que mi padre había embalado a mi madre.

No fui una estúpida al depositar tu cuerpo tan cerca de la orilla. Ya he dejado claro que el tedio me estaba absorbiendo y que no había impaciencia en mi espíritu después de abandonar a mi padre para casarme con una criatura frígida y vencida como Patrick. Necesitaba que te encontraran y fue una suerte que la depuradora de la fábrica de colchones Maxwell se averiase.

Y fue un alivio que, tras arduas investigaciones, dieran conmigo, y que destrozaran aquella escena tan idílica, donde Patrick y yo desayunábamos sin ningún ruido de fondo, a merced tan solo de esas voces inquietas que me dictaban en mi cabeza cómo obrar según la misma naturaleza que movía a las garcetas hasta el estanque.

Deberías haber leído a Nietzsche.

Sin embargo, eras uno más en esa manada que, con solo aprobar la asignatura, tenía más que suficiente. Te maté, por esa razón también, porque eras demasiado elemental, inclinado a imitar siempre a los que parecían superarnos en popularidad.

Te maté porque temías abrir la boca, cuando contaba con los dedos los días que te quedaban con vida, mientras mirabas el estanque con el presentimiento de que sería un buen hogar.

¿Qué impacto producen paisajes como ese en nosotros, Mike?

No sé expresarlo. Se parece a la música.

Aquí no me dejan escuchar nada, así que no me queda más remedio que tararear algunas canciones de esas cantantes clónicas, anoréxicas y bulímicas que buscan en los escenarios lo que yo buscaba para ti en el estanque.

9

Mamá, no tengas miedo.

No estás sola.

Mi amigo Mike está contigo, aunque su cuerpo haya sido rescatado de las aguas.

Algo quedará de él en el fango.

¿Sabes una cosa? Te vas a reír cuando te la cuente.

Cuando el ketchup se desparramaba sobre las hamburguesas que tomaba en Basil's bar me acuerdo de las salpicaduras.

Esos sobrecitos que sirven allí me recuerdan a tu sangre.

Es poético e irónico a la vez.

Sé que, como tú, papá está más unido a mí que nunca, aunque sea a miles de kilómetros de distancia.

Ese vínculo no es Mike. Eres tú, con las aguas amerando tu cuerpo, mitad animal, mitad dios.

No te podrás quejar del piropo.

Considera que este capítulo es una errata en esta larga carta de incertidumbres.

Sueño con lobos que me acechan. Echo de menos mi sábana de lino.

No mereciste tanto, Stormy.

Me han vuelto a buscar en el comedor. En esta ocasión, ha sido con unas tijeras. Me han arrancado un mechón.

La gorda estaba dispuesta a cortarme el cuello. Estaba claro que no era la primera vez que lo hacía. Se le notaba veteranía con el acero. He podido zafarme. Las funcionarias han tardado más de lo debido.

Malditas hijas de puta.

Mamá, aclárame una cosa.

¿Tenías celos de mí? Papá nunca me puso un dedo encima. Yo no lo habría permitido. Me habría arrojado por la ventana antes de lo que hubiese hecho.

Pero...tengo una pregunta. ¿Qué habrías hecho si hubiese sucedido?

No temas. No es necesario que respondas. Ya no es posible olvidar la humillación de lo que, dirigido a ti, acabo de escribir.

No sé si podré esquivar otro de esos ataques. Hace meses que soy uno de sus objetivos. Desde la muerte de Stormy, algunas de sus amigas (aunque no lo eran en el fondo) quieren matarme y de la peor forma posible.

Me culpan de que ella se quitase la vida. Me culpan de todo, de sus forúnculos, de sus diarreas, de la niebla, de la lluvia, de todo, absolutamente de todo.

Espero una cuchillada en cualquier momento. Dicen que dejas de respirar

lentamente, que boqueas como un pez y que el dolor sordo del corte se transforma en aceite hirviendo por debajo de tus pulmones.

Lo leí en una página web (asesinosinnatos.com) antes de cargarme al imbécil de Mike. Creo que esta persecución comenzó cuando subí las escaleras a la segunda planta y le pedí a la gorda una sábana de lino, puesto que le presté a Stormy la mía.

Le hice un favor. Y ellas lo saben. Le di un pequeño empujón a aquella putita de rancho para tomar la decisión más acertada de su vida.

Tienen celos de que ella me lo confiase todo, de que yo fuese la voz de su conciencia, un juez, su condena.

Fue eso.

Aquella sábana de lino con la que Stormy se quitó la vida era mía. Y no de ellas. Y eso no me lo van a perdonar jamás.

Esas hijas de puta de la segunda planta odian que existiese un vínculo emocional tan interesante y verdadero como el que manteníamos la furcia de rancho y yo.

Los vínculos son envidiados. Tú y yo compartimos muchas cosas.

Me diste de mamar, por ejemplo. Y eso no se puede borrar con facilidad. Me guiabas con tu mano por un pasillo oscuro hasta mi habitación. Te quedabas en el umbral, detrás de ese padre que me besaba el pelo.

Alguien podría decir que estábamos enfermos, pero al menos estábamos unidos.

Unidos en la enfermedad.

Luego, cuando cumplí los diez años, vinieron las palizas. Y el silencio fue tan profundo que no podía mirar a nadie a los ojos que no me recordase a ti, mamá.

Papá te corrompió. Yo he sido más valiente que Él. He acatado una condena y hago todo lo que está en mis manos para sobrevivir aquí, sin amigos ya, sin Stormy, sin mi sábana de lino.

Si alguien lee esto con tus ojos, quedará desahuciado. Pero nadie debe temer el conocimiento de otra luz que ha prendido en nosotros tres.

Tres espíritus que vagan en su propia música.

Ahora nadie puede golpearte y poco más puedo aprender yo a partir de ahora. Son vidas plenas, aunque parezca lo contrario.

11

La culpa es un invento. La culpa es la más fácil de las conclusiones a las que llega cualquiera que no soporta el dolor.

Estoy en una celda de aislamiento. Le he arrancado los ojos a la gorda. No tengo uñas. Aquí nadie tiene uñas. Pero no son necesarias si sabes presionar con los pulgares en las globos oculares.

Una gorda se ha quedado ciega en el Módulo Tres. Me matarán en cuanto

salga de aquí. Las funcionarias no van a hacer nada para impedir el crimen.

Soy una criatura problemática, una criatura que empujó a Stormy al suicidio y que ha dejado sin ojos a una gorda, a la líder de una manada de hienas aturdidas con toda clase de antipsicóticos. Dicen que se orina encima porque todavía es incapaz de encontrar el váter.

Que se joda, Mike. No tenía ninguna razón para no devolverme la sábana de lino.

Nadie va a reclamar mi cadáver.

Y me alegro de que sea así. Me alegro de todas las cosas buenas que me han pasado en la vida. Me alegro por ti, porque no suplicaste antes de que apretase el gatillo.

No sabes cuánto echo de menos repetir la misma acción. Lo que habría dado por disparar a más personas, por ejemplo, a esas madres que domestican a sus hijos con fármacos contra la hiperactividad.

Escuché a un humorista que la decadencia de nuestra especie comenzó cuando pavimentaron con caucho reciclado los parques infantiles.

Estoy impaciente, Mike, por saber qué se experimenta cuando te clavan un cuchillo. Aunque debe ser diferente si la hoja atraviesa el pulmón o el hígado.

Qué pena no poder experimentar ambas formas de ejecución. Qué pensaste cuando viste salir la bala. En una milésima de segundo. Menos, incluso. ¡¡Zas!! Fuiste un perdedor hasta para eso. No saboreaste la agonía.

Si algo malo me sucede en unas semanas, te prometo que lo haré. Saborearé la agonía. Y me acordaré de ti y de mamá, un poco.

12

No mentiré. Disfruté. No por el placer de matar, Mike, sino por el sentido de la responsabilidad que he demostrado al ser lo más justa posible con aquellos que desprecian a seres como yo.

Te hablaré de la gorda ciega.

Envenenó a sus hijos el cumpleaños del padre. Mike, ya no eras un niño cuando te maté. Habías cumplido los dieciocho.

Las criaturas que la gorda asesinó aún no habían cumplido los cinco. Su marido la dejó y ella hizo lo que solo haría una desgraciada. Aunque también es necesario comprender que no tuvo un maestro como lo tuve yo.

13

Una amiga de la gorda ciega lo ha vuelto a intentar en el comedor. A punto ha estado de darme una cuchillada en el hígado.

Sus ojos brillaron de emoción durante un instante, como si todos los frustrantes años de su vida fuesen a adquirir alguna clase de sentido en mi navajazo. Pero no esperaba a que yo le diese una patada en el coño y que, a continuación, empleara el acero de una pluma contra ella.

Fue un corte limpio en el cuello. En horizontal. Y volví a contemplar las aguas, mientras la hija de puta gritaba como una carnicera a la que una trituradora de huesos ha mutilado la mano accidentalmente.

Contemplé las aguas del estanque, con su serenidad cautivadora, mientras algunas hojas de los arces flotaban y se irisaban con la derrotada luz de la tarde.

Sí, en efecto, hubo algo poético, algo que trascendió el pensamiento y la palabra, Mike.

Al final, soy más inútil de lo que parece. Al final, le hice un favor a esa cabrona, pues era un ser obediente. Como mi madre, pero, al menos, mamá había colaborado con papá para que yo pudiese ahora recrearme en los recuerdos que me han hecho un ser tan providencial como necesario en este lugar.

Soy una puta artista con mi imaginación.

Ahora todas me respetan.

Soy un tótem.

Y nadie ha podido borrar de mi cabeza, Mike, las aguas, ni su fondo imaginario para mí, que tanto tiempo compartiste con mamá.

Sabía que un cuerpo pesaba demasiado por muy insignificante que fuese. Me ayudó a llevarte un tipo que rondaba por la esclusa, Mike. Lo llevaba observando varios días en los que no quedabas conmigo por motivos tan estúpidos como aquel trabajo en grupo sobre la escritora Virginia Woolf.

A mi grupo le tocó Walt Whitman y fuimos más pragmáticos. Le pagamos cincuenta libras a una de quinto que nos lo prestó del curso anterior. Cambiamos la portada y pusimos nuestros nombres con una sobria tipografía Garamond del catorce.

Pero no fue tu caso. Tuviste que darme largas. Aunque hubieses decidido acompañarme, aunque hubieses decidido follarme con la vulgaridad de Bruno o de Bryan en el interior de algún coche, nada habría cambiado el curso de los acontecimientos.

Como ese vuelo nómada de las garcetas hasta África sin apenas detenerse en algún lugar. Lo que habría dado por compartir un vuelo así, por convertirme en una criatura tan espléndida como salvaje, incapaz de discernir entre el bien y el mal.

Cuando apreté el gatillo, Mike, creo que lo conseguí. No discernir. Parecerme a las aguas. Aprovechar los mejores conocimientos de mi padre. Ser una garceta. Hibernar bajo las aguas como un siluro.

El tipo no me dejó que se la chupase. Quería dinero. Le dije que el bulto se trataba de un viejo mastín que había cuidado de nosotros durante muchos años. Pero el tipo siguió sin abrir la boca. Sabía de sobra de que se trataba.

Y seguramente no sería la primera vez que lo hacía. O quizá no era de las peores cosas que había hecho en su vida.

La carretilla no sirvió de nada. Su rueda se hundía en el fango y se atascaba, así que el tipo te llevó en brazos. Y te dejó caer desde el puente. Y el estruendo de las aguas me recordó al percutor y me extrañó que el efecto de las ondas durase tanto.

No sé si te he dicho que me he ganado el respeto. La sábana de lino ha vuelto a mi cama.

Nada me da miedo ahora. Nada me ha dado miedo nunca. Miento, hay una cosa, Mike. O dos. Que no vuelva a ver a mi padre. Y que, cada vez que escriba, lo haga con la intención de recordarte.

Eras un ser estúpido. Un auténtico gilipollas. Culpable de demasiadas cosas. Intratable dentro de un grupo de colegas que apostaban a caballos, esnifaban coca y buscaban putas caucásicas porque así lo habían visto en cientos de películas porno.

No sé lo que es. ¿Tu mundanidad? ¿Tu naturaleza de insecto? No lo sé, pero algo no me permite alejarme de ti.

Dichoso tú, Mike, que no puedes pensar en los muertos. Dichoso tú, Mike, que no sueñas con agujas de acero como hago yo, cada vez que ceno puré de patatas con guisantes y la funcionaria me recrimina que mastico muy despacio.

Qué lejos quedan aquellos momentos cerca del estanque. Nunca me preguntaste qué demonios hacíamos allí. Ese silencio tuyo hacía que mis pensamientos se tornasen más iluminadores.

Pese a la torpeza de mi padre para manejarse con el lenguaje, supo enseñarme que, cuanto más larga es la espera, más eufórica se vuelve nuestra existencia. Y

más trascendente puede llegar a ser la muerte. Porque todo acaba aquí.

¿No hay nada detrás de ti, verdad? ¿Ni de mi madre? ¿No hay nada detrás de esta irrisoria existencia, verdad?

Papá lo sabía. Por esa razón, nunca me llevó a la iglesia.

15

Te acercas en mi sueño, Mike. Estás vivo. Diría que hasta radiante. Tu mano carga con un pájaro muerto. Me lo ofreces y yo acepto ese regalo.

Hablamos de un próximo examen y nos sentamos en la hierba. El cielo es un cielo rojo. Quieres besarme, pero no te dejas. Tiemblo porque ya no lo hacen las aguas, donde aquel tipo y yo te sumergimos. Bueno, es cierto que nunca lo hicieron.

Estabas muerto y yo comencé a vivir.

Ya que no puedes acordarte, describiré el disparo, el inicio de mi revelación.

Las luces de la feria restallaban a lo lejos, como si el halo de un cometa

todavía permaneciese candente tras su colisión. Sucedió así. Se escuchaban las voces del baile, un estrépito que amortiguaban las aguas y la frondosidad de los sotos.

Saqué el arma. Y lo mejor de todo es que pareció no sorprenderte. Suplicaste algo que no entendí. Y el fogonazo me deslumbró y el percutor calló al instante. Algo vibró entre las aguas. Los lucios, algunas ranas.

No sé.

Pero se asemejaba todo a un sueño. Y no era un sueño. Y me calmé. Y todo cobró un sentido. Supe que, a partir de ahora, no iba a ser feliz. Como no lo fue mi madre.

Y algo así merecía la pena. Porque no pertenecía a la manada, a esa manada que se besuqueaba en la oscuridad, tras los puestos de comida y las tómbolas.

Mike, me ayudaste a ser libre, a entender un poco mejor qué insignificantes somos en este puto universo.

Te quiero. Te lo he dicho antes.

Quizá seas la única persona que he querido de verdad.

Mi padre no alcanzaría a comprenderme. Me temería. Por eso, ya no ha vuelto a mí.

A besarme el cabello. A contarme un cuento de hadas. Como la primera vez que mi madre se fijó en Él en algún lugar como esa feria de luces y música.

No tenían otra salida en aquella noche en la que el viento bostezaba como un perro cazador.

¿Te doy pena, verdad?

Escupiré en el café.

Por ti. Por nosotros. Hasta puede que deje de respirar.

POSTDATA

Condena entre 90 y 175 años para el matrimonio que asesinó a sus dos hijos y a otras tres personas desaparecidas en el condado de Riverside.



Foto de la familia Stephen en las Navidades de 2004./ Atlas

“Las autoridades del condado de Riverside anunciaron este jueves que han presentado un total de 38 cargos contra Patrick y Louise Stephens, la pareja que mantuvo secuestrados a sus dos hijos, Stormy y Mike, en condiciones insalubres hasta acabar con sus vidas así como con la de otras tres personas. El matrimonio, sin embargo, se ha declarado no culpable a través de los abogados de oficio que los representan.

Los cargos formulados incluyen 30 años por tortura y asesinato del pequeño Mike, 12 por detención ilegal, 20 por abuso de menores y 5 por acto lascivo sobre una menor, imputado por ahora a Patrick Stephens. Además se les condena a más de 50 años por los asesinatos de Sidney Brown, amiga de confianza de la familia y profesora de francés que impartía clases a los niños durante su

encierro. Según fuentes consultadas por este medio, la profesora Brown fue cómplice de este régimen carcelario.

Se condena al matrimonio Stephen también por las muertes de Bruno Karl y Bryan Miles, dos adolescentes desaparecidos hace cinco años y cuyos cuerpos fueron encontrados bajo unos hibiscos en el jardín de los Stephen, junto al de la profesora Brown.

Nuevos informes de la autopsia revelan que Mike fue envenenado lentamente con ricina disuelta en café a lo largo de varios años. Patrick no reconoció en el juicio que empujase a su hija Stormy contra una ventana del altillo, desde donde cayó fracturándose el cuello y perdiendo la vida.

Por todos estos delitos, la pareja podría afrontar hasta más de 120 años de prisión.

Unos cuadernos escritos por la madre, Louise Stephen, confirman que padece una patología psicótica, con graves delirios paranoicos y desdoblamiento de la personalidad. El contenido de los textos refleja la carencia de empatía hacia sus semejantes y un narcisismo inspirado en la violencia y en un carácter completamente desinhibido. Algunos retazos de realidad y otros propios una fantasía ególatra se funden con una prosa sobria, sumida en bastantes contradicciones y expresiones redundantes propias de una personalidad megalómana.

Junto a los diarios, se encontró un deteriorado ejemplar de *Orange is the new black*, donde la traficante de drogas, Piper Kerman, relata sus memorias sobre la vida en la cárcel. Su estructura y su contenido parece que han inspirado los cuadernos de Louise.

Las autoridades de la localidad californiana reconocen que no comprenden qué motivos llevaron a Patrick y a Louise a comportarse de esta forma, en la que la depravación se combinaba con la atrocidad de varios asesinatos premeditados. Hacía diez años que Patrick dejó su trabajo de gestor en una empresa pionera en motores de vapor y Louise pidió una excedencia, que no renovó, como

bibliotecaria en Birmin, donde estudiaba y archivaba textos de la época colonial.

En un primer registro de la vivienda, la policía pudo comprobar que los vástagos del matrimonio permanecieron encadenados a distintos muebles en la parte alta de la casa, donde la luz era escasa y las condiciones de insalubridad eran extremas. La pareja se instaló en este villorrio en 2010 tras conseguir una licencia que acreditaba que su domicilio servía, además, como escuela.

En la cuenta de Facebook del padre pueden verse numerosas imágenes de toda la familia, en las que, en 2008, los dos hijos posan sonrientes en lugares como Disneyland, junto a personajes como Mickey o Pluto.

Los abogados defensores estudian la posibilidad de reducir la pena de Louise gracias a los cuadernos que ha ido escribiendo a lo largo de los años, una prueba que intentaría demostrar que la madre no era más que otra víctima, forzada a obedecer las decisiones perversas y homicidas de Patrick.

Un pequeño estanque artificial, en el centro del jardín, domina el conjunto de la parcela. Cascadas en roca artificial fingen una imagen de continencia y serenidad, como otras tantas en muchos lugares de este mundo”.

Conclusión

¡Gracias nuevamente por descargar mi libro!

Si lo has disfrutado, por favor deja tu opinión en Amazon. Estaré muy agradecido. Muchas gracias por el tiempo dedicado a este libro.

Estoy a tu disposición en:

<http://www.ciberautores.com>

Otros títulos del autor

Es bueno aprovechar la lectura de un libro para recomendar otros trabajos del mismo autor. Una buena idea es colocar un capítulo o una sección de otro libro y la dirección de acceso al sitio de compra en Amazon Kindle.

Título del primer libro recomendado.

Descripción

Título del segundo libro recomendado.

Descripción

Título del tercer libro recomendado.

Descripción